

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

LA HUELLA

Lou CARRIGAN

UN BELLO JARDIN EN ALGUNA PARTE





eb

LOU CARRIGAN

**UN BELLO JARDIN
EN ALGUNA PARTE**

Colección LA HUELLA n.º 6
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B 26419-1974

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: agosto, 1974

© Texto: Lou Carrigan - 1974

© Cubierta: Jorge Núñez - 1974

**Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974**

HA MUERTO UN ESPIA

El espía americano Uriah Rumsey fue hallado muerto, de dos balazos en la espalda, en Amberes. Un ciudadano belga lo vio, al volante de su coche, echado hacia atrás en el respaldo, y le llamó la atención su postura. Se acercó, vio las dos manchas de sangre formando como un ocho en su pecho, y fue en busca de un policía.

El policía constató muy pronto que el hombre estaba muerto y avisó inmediatamente a su jefatura. Poco después, se sabía que el hombre encontrado muerto en el coche se llamaba Uriah Rumsey, que era americano, y que hacía dos años que residía en Bélgica.

Las autoridades belgas pasaron aviso al personal diplomático norteamericano, y, con una velocidad fantástica, dicho personal diplomático norteamericano se hizo cargo del cadáver, naturalmente autorizados por las altas esferas políticas belgas. La noticia ni siquiera apareció en los periódicos.

En pocas horas, fue como si Uriah Rumsey no sólo no hubiese muerto, sino que jamás hubiese existido... Su coche fue cambiado de nombre, el apartamento vaciado de todo vestigio de su anterior presencia, su teléfono fue dado de baja, su nombre desapareció de las listas de inquilinos del edificio donde había vivido, y su cuenta bancaria indistinta a su nombre y al de un tal Roy Smith fue cancelada...

En menos de veinticuatro horas, Uriah Rumsey pasó a ser un completo desconocido en Bélgica, y tres días más tarde nadie hubiese podido asegurar que un tal Uriah Rumsey hubiese tan siquiera pasado en viaje de vacaciones por Europa. Mientras tanto, el cadáver llegó a Estados Unidos, donde se le dio sepultura discretamente.

Y también mientras tanto, en la central de la CIA en Langley,

cerca de Washington, alguien dijo:

—No lo entiendo... Rumsey era un agente insignificante, que llevaba más de seis años en Bélgica sin que jamás le molestasen agentes de otros servicios...

No lo entiendo.

Y como no lo entendían, hicieron investigaciones en torno a Uriah Rumsey, y sus últimas actividades, porque a veces sucedía que la mano derecha de la CIA no sabía lo que hacía su mano izquierda.

Seis días más tarde, uno de los altos directivos de la CIA cursó esta orden:

—Que venga Theodor Ingram.

CAPÍTULO PRIMERO

Theodor Ingram tenía treinta y ocho años, era serio *como* una piedra, y, en sus catorce años al servicio de la CIA, había sido herido nueve veces; de ellas, tres de importancia. Su hoja de servicios era impresionante. Teniendo en cuenta esto, cabía esperar que Ingram fuese uno de esos agentes secretos de ficción, alto, fuerte, dinámico, triunfalista, infalible. La prueba de que no era infalible estaba en sus nueve heridas. En cuanto a lo demás, Theodor Ingram sólo llamaba la atención por lo impenetrable de su rostro. Aparte de esto, parecía un serio, correcto y muy cortés profesor de Historia o Matemáticas; valgan como ejemplo estas asignaturas.

Cuando apareció en el despacho donde se le esperaba, la orden de comparecencia hacía solamente tres horas y media que había sido emitida.

En el despacho habían tres hombres, dos de los cuales le contemplaron despacio, atentamente. El tercero acudió a su encuentro, con la diestra tendida.

—Hola, Ingram... —saludó—. ¿Cómo van los ánimos?

—Bien, señor. Estoy listo para otro trabajo.

—Magnífico. Tenemos algo muy interesante y adecuado especialmente para usted.

Theodor Ingram fue presentado a los otros dos caballeros, y luego se encontró con una carpeta de expediente en las manos. Conocía muy bien aquellas carpetas, así que supo en el acto que el hombre escrito en aquélla, Uriah Rumsey, correspondía a un agente de la CIA, cuya completa historia se hallaba contenida en unos cuantos folios mecanografiados. Y también supo que Uriah Rumsey había muerto, porque junto a su nombre estaba la palabra «Dead».

—Lo siento —murmuró.

—Lea este expediente —murmuró, también, el otro—: está todo ahí, desde que Rumsey nació hasta que apareció muerto en Amberes, de dos balazos en el pecho. No tenemos prisa, Ingram.

Theodor Ingram se sentó, encendió un cigarrillo, y comenzó a leer el expediente de su fallecido compañero. Cuando terminó la lectura, se había fumado otro cigarrillo más, y había en su rostro una leve expresión de perplejidad.

—¿Por qué han matado a un hombre así? —se sorprendió.

—Parece absurdo, ¿verdad?

—Al menos, innecesario. Como persona merece todos mis respetos, ciertamente, pero como agente opino que no valía gran cosa. Debemos tener irnos cuantos miles como él en todo el mundo... Es una estupidez matar a un hombre como éste.

—Nosotros también pensábamos así antes de hacer una larga serie de averiguaciones. Realmente, Rumsey era insignificante..., hasta que recibió órdenes para determinada misión: era el último portador de instrucciones secretas de nuestro Departamento de Guerra para los militares de alta graduación que tenemos destacados en Ginebra, relacionados con la OTAN.

Theodor Ingram quedó, un instante, estupefacto.

—¿Confiaron semejante material a un hombre como Rumsey? —Se mostró incrédulo.

El otro asintió con la cabeza.

—Era una táctica que hasta ahora había dado resultados. Naturalmente, tenemos en Europa agentes muchísimo más capacitados de lo que estaba Rumsey para trabajos de esa clase, pero, lógicamente, esos agentes están mucho más controlados. Así que, periódicamente, cuando había que enviar esa clase de instrucciones, u otras cualesquiera de diversa índole a las capitales europeas, utilizábamos a un agente que jamás había merecido vigilancia por parte de otros servicios secretos. Hasta hace poco, esta inocente treta había dado resultado. Los agentes insignificantes en cuestión, recibían el material de otros no menos insignificantes, hacían un viajecito, entregaban las instrucciones, regresaban a su lugar de residencia y nadie se enteraba de nada. Esta vez, han asesinado a Uriah Rumsey y le han quitado esas instrucciones.

—Bien... ¿Debo recuperarlas?

—Usted sabe que ya es imposible, Ingram. Esas instrucciones

deben estar en Moscú, o en Berlín, Praga, Viena, Varsovia..., o en Pekín. No. No se trata de eso: las damos ya por pérdidas. Mala suerte, eso es todo. Ahora bien, no queremos que esto se repita.

—Me parece lógico. Pero no comprendo...

—Ese canal de envío de instrucciones es conocido por muy pocas personas en Washington, y por nadie en Europa. Para resumir, le diré que sólo catorce personas, destinadas al Departamento Indirecto de Instrucciones podían saber la ruta que seguirían esas instrucciones escritas hasta llegar a Ginebra. Solamente catorce personas conocían el sistema y la ruta. Es decir, no siempre lo saben todo las catorce personas, pues algunas informaciones no son conocidas por algunos de ellos. Pero, si alguien puede saber por dónde, cuándo y cómo pasarán determinadas instrucciones de esa clase hacia Ginebra, ese alguien tiene que ser una de esas catorce personas.

—Es decir, que suponemos que en ese Departamento hay un traidor.

—Familiarmente, a ese Departamento se le llama la Sección de los Solteros, porque no se admite personal casado o con cualquier otra clase de familia. Se parte de la idea de que un empleado de la CIA, por discreto que sea, puede hacer comentarios con su familia, y eso no es conveniente. La familia, y por supuesto el propio empleado, pueden ser fieles absolutamente, pero a veces, sin querer, se hacen comentarios. El mejor modo de evitar comentarios respecto al trabajo del Departamento Indirecto de Instrucciones es emplear personal que no tiene a nadie en el mundo. De este modo, se evita que en familia, en cualquier momento de relajación, el empleado diga una sola palabra de más. Pero usted ya conoce este Departamento, ¿no es así?

—Sí... —sonrió levemente Ingram—. Y supongo que tarde o temprano, cuando me fallen otras facultades, me destinarán a él.

—Eso será si no se casa antes —sonrió el otro—. De todos modos, aún le quedan muchos años de actividad exterior, Ingram. Bien, en efecto, como usted ha dicho, tenemos la certidumbre de que hay un traidor en ese Departamento.

—Habrá que buscarlo.

—Ya lo hemos buscado, y... creemos haberlo localizado.

Theodor Ingram alzó las cejas.

—¿Para qué me ha llamado entonces, señor?

—Se nos ha ocurrido pensar que, naturalmente, la traición que le ha costado la vida a Rumsey y la pérdida de ciertos documentos al Departamento de Guerra, no ha sido la única. No, espere... Por ahora, Rumsey ha sido el único agente asesinado en ese canal de instrucciones. Pero lógicamente, la persona que facilitó la información respecto a la ruta que seguirían dichas instrucciones por Europa, maneja en el Departamento otros muchos documentos de toda clase. Así las cosas, cabría pensar que no había necesidad de delatar la misión de Rumsey, ya que al traidor le bastaba microfotografiar esos documentos, entregarlos a quienes le pagan, y la alarma no habría cundido...

—¿Están enterados los... solteros de que los hemos sometido a investigación?

—¡Por supuesto que no! Nuestra Sección Especial investigó a fondo el último trabajo que se le había encomendado a Uriah Rumsey, y supo que se trataba de llevar a Ginebra esas instrucciones. Luego, supimos que solamente del Departamento Indirecto de Instrucciones podían haberse filtrado las indicaciones necesarias para localizar a Rumsey en Europa y quitarle esas instrucciones; es el único Departamento que estaba al corriente de ese envío y ruta, así como del personal a utilizar. Los investigamos a todos, pero, ciertamente, sin que ellos se enterasen. El traidor debe estar tranquilamente instalado esperando una nueva oportunidad. La alarma, pues, ha cundido entre nosotros, no en el D^{II}.

Alarma total, Ingram, porque pensamos lo siguiente: esta vez, nos hemos enterado de lo que pasa porque quizá el traidor no pudo microfotografiar esos documentos, por cualquier motivo, y tuvo que delatar la ruta que seguirían, y el último agente encargado —de llevarlos a destino. Esto ha ocurrido una sola vez. Pero... ¿cuántas veces, el traidor, sin riesgo alguno, habrá microfotografiado documentos de todas clases, en ese Departamento? ¿A quién se los envía? ¿Trabaja solo, como creemos por el momento, o bien tiene un cómplice, otro traidor más en el D^{II}?

—Interesantes preguntas... —murmuró Ingram—. Y serían no menos interesantes las respuestas, ya que así podríamos tentar... complicarles la vida a los receptores de esas informaciones

enviándoles, por otro lado, informaciones contradictorias.

—Exactamente —aprobó el otro—. Pero, para hacer eso, necesitamos saberlo todo sobre este asunto. Sólo sabiendo para quién trabaja el traidor, podemos embarullarle las cosas al otro servicio secreto. Y eso es lo que queremos hacer, salvo que determinadas circunstancias aconsejen lo contrario. Para conseguir esto, debemos... meter al traidor en una telaraña tan sutil que no pueda verla de ninguna manera. Ése será su trabajo, Ingram.

—Muy bien. ¿Quién es el traidor?

—Cuidado... —Alzó un dedo el otro—. El *supuesto* traidor, Ingram, no lo olvide.

Usted se encargará de esa persona, mientras nosotros seguiremos investigando a los demás. Aunque —vaciló— mi opinión personal es que hemos dado en el clavo desde el primer momento, ya que de todos los de la Sección de Solteros ha destacado inmediatamente uno de ellos, con una claridad total. Le voy a presentar a su personaje... —Alzó el teléfono, apretó uno de los botones, y dijo—: Pasen el reportaje LM por el canal siete.

Colgó, se sentó junto a Ingram, y señaló el televisor de circuito cerrado colocado sobre una mesita. La pantalla se iluminó a los pocos segundos, mostrando en colores la imagen de una mujer. Ingram respingó.

—¿Una mujer? —exclamó.

—La más joven de las solteronas del DII. Se llama Lavinia Mitchell, tiene treinta y dos años, y, por supuesto, su *currículum vitae* es intachable. Luego le dejaré leer su ficha, que, naturalmente, le construimos antes de ser admitida, hace ocho años en...

—¡Ocho años! —Volvió a respingar Ingram.

—Deprimente, ¿no es cierto? La sola idea de que durante ocho años esta mujer haya estado vendiendo información a servicios de espionaje de otros países, me pone enfermo. Mientras tanto, Lavinia Mitchell ha sido una de las más eficientes empleadas de la CIA. Jamás ha tenido... líos de ninguna clase, con nadie. Vive sola, no tiene amigos ni amigas, lleva una vida tranquila y discretísima, y no hay el menor indicio de hombres en su vida... pese a que es muy bonita, ¿no le parece?

Theodor Ingram estaba escuchando al otro hombre, pero mirando con gran atención a Lavinia Mitchell, que había ido

apareciendo en diversos planos y lugares: saliendo de un bonito chalet, saliendo de un coche, caminando por la calle, mirando escaparates, entrando en un cine, regando unas flores en el jardín de aquel chalet... Siempre seria, impecable, adecuadísima su actitud y su indumentaria en cada ocasión. Sus cabellos eran rubios, sus ojos oscuros, su boca un tanto alargada, grande, llena, con un gesto dulcemente juvenil: su cuerpo, era fino, elegante, de gran belleza de líneas.

—Yo diría más... —musitó Ingram—. Diría que es extraordinariamente hermosa, señor.

—Aceptado eso. Nació en Goldsboro, Carolina del Norte, de padres honradísimos y de situación acomodada. Hija única. Sus padres fallecieron, hace nueve años, en un accidente de automóvil. No tiene a nadie. Naturalmente, estudió en la Universidad: es doctora en Filosofía. Habla cuatro idiomas: inglés, naturalmente, y español, francés y ruso...

—¿Ruso? Bueno, de todos modos, eso no indica nada.

—Claro que no..., salvo que esos cuatro idiomas, es decir, los tres ajenos al nuestro, los ha aprendido en su origen. Durante sus años de universitaria, estuvo en Moscú durante siete meses. Luego, volvió allá, por su cuenta, y estuvo viviendo en Rusia una buena temporada. Volvió aquí, estuvo unos meses, y partió, esta vez hacia Francia. En Francia, estuvo viviendo casi un año en París, y cuatro meses en Marsella. De Francia pasó a España, donde permaneció ocho meses en Madrid y seis en San Sebastián. Volvió a Estados Unidos... Para entonces, tenía solamente veintitrés años. Fue cuando fallecieron sus padres.

Poco después, ella se fue a México. Estuvo un año allí, viviendo primero en Ciudad México y luego en Acapulco. Regresó de nuevo a Estados Unidos, y comenzó a buscar trabajo. Encontró un par de empleos, que abandonó enseguida, al parecer porque no le gustaban, y, básicamente, porque le pagaban bastante menos dinero del que ella parecía necesitar... Un día, nosotros pusimos uno de esos ambiguos anuncios en los periódicos, de los que utilizamos para captar posibles colaboradores, ya sabe. Ella fue de las primeras en contestar. Se le hizo un sondeo previo, muy... discreto. Finalmente, se le dijo que la... empresa que podía contratarla era la CIA. Ni siquiera pestañeó. Sólo dijo que si le pagaban veinte mil

dólares anuales aceptaría cualquier trabajo en la CIA...

—Caramba... ¡Veinte mil dólares hace ocho años!

—Ahora gana treinta y cinco mil. Los merece..., si tenemos en cuenta su eficiencia y plena dedicación. Y llegamos a la época actual..., a sus viajes frecuentes a Nassau, en las Bahamas.

—¿Va con frecuencia a Nassau? ¿Para qué?

—No lo sabemos, porque nunca nos hemos interesado por eso. Hay muchas personas que gustan de tomar el sol en las playas de esas hermosas islas durante el invierno..., y ella puede permitirse el lujo de hacerlo. De vez en cuando, acumulando días de fiesta, se va allá. Por ejemplo, trabaja los fines de semana durante todo un mes. Luego, se va cinco o seis días a Nassau. Allá, se hospeda en el hotel George V, y eso es todo lo que sabemos. Excepto un... pequeño detalle que se estaba llenando de polvo en los archivos: hace un par de años, uno de los agentes nuestros que en Nassau recibía informaciones procedentes de La Habana tuvo... un pequeño contratiempo. Nada importante. Pero ahora que sabemos que ese agente recibía instrucciones del DII nos preguntamos si ella no tendría que ver algo en esto. Nosotros hemos pensado que quizá ese agente fue... distraído con una agresión, para que no pudiese ni remotamente controlar a otros agentes de otros servicios, uno de los cuales, quizá, tenía que ponerse en contacto periódicamente con Lavinia Mitchell, en Nassau. Y naturalmente, hemos pensado que si no hay más contratiempos parecidos al de Uriah Rumsey, puede ser porque Lavinia Mitchell, cada vez que va a Nassau, se lleva una bonita serie de microfilmes que contienen toda la última información llegada y salida del Departamento Indirecto de Instrucciones. ¿Posible?

—Desde luego.

—Aún hay más. Como le he dicho, Lavinia Mitchell gana treinta y cinco mil dólares anuales. Vive sola, de un modo muy sencillo y discreto, en ese bonito chalet que ha aparecido en la proyección. No tiene gastos extras de ninguna clase, el dinero que gasta en vestidos no es demasiado... Hemos visto su cuenta corriente. ¿Sabe cuánto dinero tiene en ella?

—Pues... Bueno, debe tener una buena cantidad de ahorros, supongo.

—Tiene exactamente, en el último saldo, treinta y cuatro mil

setecientos dólares con veintiocho centavos.

—No es demasiado, ganando treinta y cinco mil.

—Es muy poco..., porque cada vez que va a Nassau retira una cantidad interesante de su cuenta: cinco mil dólares, seis mil dólares, cuatro mil dólares, cinco mil quinientos... Y cuando vuelve no repone nada.

—¿Cree que está enviando lentamente el dinero desde Nassau a otro sitio?

¿Suiza, por ejemplo?

—¿No podría ser?

Theodor Ingram asintió con la cabeza, lentamente. Estaba viendo todavía a Lavinia Mitchell, ahora saliendo del edificio de la central de la CIA. Siempre impecable, bellísima, elegante.

—Sí... Podría ser. Podría estar enviando esas cantidades a una cuenta en un Banco suizo..., en la cual tuviese también ingresadas cantidades más importantes recibidas de otras personas. Ella parece muy amable... —señaló hacia la pantalla Ingram—. ¿Quién es él?

Un hombre había aparecido en la pantalla, caminando hacia Lavinia, alcanzándola cuando ella llegaba a su coche. Ella le escuchó muy atentamente, y luego sonrió... Tenía una sonrisa maravillosa, como si sus ojos, todo su rostro, se llenasen de pronto de luz. El hombre también sonreía... Era un sujeto alto y grueso, de ojos pequeños y vivos, calvo.

—Para tener previsto su traslado al DII no está muy al corriente de ese Departamento, Ingram... El es Gordon Nelligan, el jefe del DII...

—¡Oh! ¡Esto...! ¿Quizá el señor Nelligan está...? Bueno, me pregunto si él tiene un interés personal por Lavinia Mitchell.

—No, no... Son buenos amigos, simplemente..., y lógicamente. En ocasiones han asistido juntos a alguna fiesta, conferencias literarias, conciertos... Cosas así.

Pero no creo que ninguno de los dos quiera perder su puesto en el DII por casarse. No. Son amigos, eso es todo. Por otra parte, Lavinia Mitchell es una amable y simpática compañera de trabajo. También ha salido con otros compañeros del Departamento para asistir a conferencias culturales. Ahora los irá viendo a todos, por si pudiese surgir alguna sorpresa en Nassau. Los hemos filmado particularmente y, además, hemos utilizado los *video-tapes* de las

cámaras de televisión habituales en la «casa». La irá viendo con los demás, y a los demás por separado. Tengo la certeza de que no olvidará ninguno de esos rostros.

La proyección continuó en la pequeña pantalla en colores. Y en efecto, fueron apareciendo los demás empleados del DII, ya solos, ya en grupos, en los que en ocasiones se veía a Lavinia Mitchell.

Por fin, la proyección terminó, y el televisor fue apagado.

—Se va a encargar de esto, Ingram. Disponga de los expedientes de todos, pida los datos que se le ocurran... Queremos que este asunto se solucione, y yo le he elegido a usted para ello.

—Muy bien, señor. Leeré todos los informes que se me ocurra que pueden ayudarme. ¿Y luego?

—Lo único que podemos hacer es esperar a que Lavinia Mitchell vuelva a hacer uno de esos viajes a Nassau, Bahamas.

CAPÍTULO II

«Los señores pasajeros con destino a Nassau, vuelo 404, sírvanse dirigirse hacia la salida número cinco. Atención: vuelo cuatro-cero-cuatro de la Panam, destino Nassau...».

Lavinia Mitchell apagó el cigarrillo en el cenicero colocado junto a ella sobre el mostrador, terminó su café, y cogió el bolso de mano, mientras se apeaba del taburete. Todavía estaban sonando en los altavoces las palabras de aviso, cuando ya ella caminaba hacia la puerta número cinco. Un poco más allá, el hombre de rostro hermético y mirada amable y serena, dejó de leer el periódico, se puso en pie, y tomando su cartera de piel se dirigió también hacia la puerta número cinco..., lo cual estaban haciendo ya varias personas más. Los equipajes estaban ya camino del avión, o seguramente ya en su departamento de carga, una vez pasados por los rayos X. Los equipajes de mano también fueron examinados, sin la menor protesta por parte de nadie, ya que todos los pasajeros tenían el lógico deseo de que ningún loco con armas o con bombas tomase aquel avión y se dedicase a llevarlo a cualquier aeropuerto de Centro o Sudamérica.

No hubo inconvenientes. Poco después, los pasajeros del vuelo 404 accedían al avión que los llevaría en vuelo directo a Nassau. Aislada en el murmullo de voces y risas, Lavinia Mitchell ocupó un asiento junto a una ventanilla, y comenzó a abrocharse el cinturón sin esperar instrucciones en ese sentido.

—¿Me permite, señora?

Ella miró al hombre que estaba de pie en el pasillo, observándola amablemente, mientras señalaba el asiento contiguo.

—Sí, por supuesto.

—Gracias.

Theodor Ingram se sentó junto a ella, y procedió, también, a abrocharse el cinturón. Cuando aparecieron las rojas letras indicando a los señores pasajeros que debían hacer esto, y abstenerse de fumar, la mayoría estaban ya listos para el vuelo. Minutos después, el *jet* dejaba abajo y atrás el Foster Dulles Airport, y se lanzaba hacia el mar azul, verde y gris, bajo el dorado sol otoñal. Menos de tres horas de vuelo serían suficientes para que las gigantescas ruedas arrancasen chispas de una pista del Oakes Field Airport de Nassau..., si todo iba bien.

Ingram abrió su cartera, sacó unos folios mecanografiados, y comenzó a leer, como ausente de todo. De vez en cuando, dirigía una mirada hacia la ventanilla, veía el mar, y pasaba un folio ya leído. La tercera vez, su codo derecho tocó levemente a Lavinia Mitchell.

—Perdón —musitó.

—No importa.

Se miraron y se sonrieron cortésmente. Luego, Ingram pasó otro folio, sin novedad. Y otro. Al cuarto, su codo volvió a tocar a su vecina de asiento.

—Lo siento... Perdóneme.

—No se preocupe.

—Es usted muy amable, señora.

Lavinia Mitchell no supo por qué lo hizo, pero se encontró, se sorprendió a sí misma, sonriendo.

—Señorita —dijo con tono divertido.

Le pareció que el caballero se sonrojaba levemente.

—Discúlpeme... Lo siento de veras. Me parece que la estoy molestando con tantos codazos, y... Bueno, hay otros asientos libres, de modo que...

—Por mí no se moleste.

Theodor Ingram vaciló. Sabía que estaba representando su papel a la perfección, que la pieza ya no se le escaparía... Habían sabido cuándo y en qué vuelo iría Lavinia Mitchell una vez más a Nassau, y, naturalmente, la CIA había adquirido pasaje para él en el mismo vuelo... La había visto salir de su chalet, en su coche, que luego había dejado en el estacionamiento del aeropuerto. La había visto en todo momento, no la había perdido de vista ni un instante...

Pero ahora, tan cerca de aquellos ojos oscuros, que parecían de

miel, el veterano agente secreto Theodor Ingram comenzó a sentirse un tanto inquieto, desasosegado, sin saber por qué.

—Bien... Gracias.

Se abismó de nuevo en la lectura de aquellas páginas mecanografiadas, con la certeza de que Lavinia Mitchell le estaba mirando de reojo. La idea de que durante su permanencia en Rusia, Lavinia Mitchell podía haber sido formada por el espionaje soviético, llevó un ligero escalofrío a la nuca de Ingram. Si esto era cierto, debía tener mucho, muchísimo cuidado al iniciar el verdadero contacto, pues de otro modo ella se daría cuenta. Si era una espía que durante ocho años había estado trabajando para la MVD o cualquier otro servicio de espionaje, se daría cuenta... Pero al mismo tiempo que pensaba esto, Ingram pensó otra cosa: ¿podía una mujer con unos ojos como aquéllos, del color y la dulzura de la miel, ser una traidora a su patria?

Ésta era una pregunta altamente peligrosa para la imparcialidad de su trabajo con respecto a Lavinia Mitchell, y no le gustó habérsela formulado. La desechó rápidamente: hacía años que había aprendido que los sentimientos o sensaciones personales inducen al error, en un noventa por ciento, en cuestiones de espionaje.

Su codo derecho volvió a tocar a Lavinia. La miró; ella le miraba también, y sonrió, como quitándole importancia. Era muy cortés.

—Será mejor que ocupe uno de los asientos libres... —murmuró Ingram—. Discúlpeme.

Ella se limitó a parpadear, de un modo lento, como si algo en él la estuviese sorprendiendo. Ingram apretó contra su pecho la cartera y los papeles, y adelantó hasta un asiento doble, desocupado. Se acomodó allí, se volvió, y sonrió a Lavinia, que seguía mirándole fijamente.

Durante el resto del vuelo, Theodor Ingram no se volvió ni una sola vez; se sumergió en la lectura, y, sin nadie a quien molestar con su codo, no tuvo ya interrupciones de ninguna clase. Cuando por el altavoz fue anunciada la inminente llegada a Nassau, alzó la cabeza, y miró con evidente sorpresa su reloj de pulsera. Luego, guardó todos los folios en la cartera, y procedió a abrocharse el cinturón. Por la ventanilla veía, poco después, las palmeras, y el mar, de un azul intenso; parecía cristal líquido.

El avión tomó tierra, y Theodor Ingram se desprendió del

cinturón, se puso en pie, y salió al pasillo del avión. Entonces vio a Lavinia, saliendo también al pasillo, mirándole, y le sonrió, acercándose a ella.

—Espero que haya tenido un buen viaje —deseó.

—Sí, gracias. Pero no debió usted molestarse.

—Bueno... Cada cual tiene sus manías. Yo, por ejemplo, no puedo soportar que alguien toque o mueva la silla que ocupo. Con más motivo, mi codo debía molestarla a usted. Y habiendo tanto sitio... ¿Es la primera vez que viene usted a Nassau?

—No, no. He venido docena de veces.

—¡Ah...! Bien; creo que podemos salir ya.

—Sí... —Parpadeó Lavinia—. Sí.

Unos diez minutos más tarde, Theodor Ingram recogía su maleta que apareció sobre la cinta transportadora, hacía un gesto amable con la barbilla hacia Lavinia Mitchell, que estaba a pocos pasos de él, y se dirigía hacia la salida, mirando a todos lados. Vio enseguida los dos hombres que había conocido en el despacho de su jefe días antes, en la central de la CIA, y que trabajarían con él sólo como cobertura y enlace. Nombres a utilizar: Ernest y Dexter, eso era todo.

Ernest movió la cabeza en gesto negativo, de modo apenas perceptible, pero suficiente para Ingram: no, no había por allí nadie que pudiese ser identificado o tan siquiera considerado como perteneciente a su profesión. Es decir que, al parecer, nadie esperaba a Lavinia Mitchell en el aeropuerto de Nassau.

Un taxi le llevó a Nassau, concretamente al hotel George V, donde, por supuesto, hacía vanos días que tenía reservada una habitación. La 216. Y un vistazo al libro le permitió ver el nombre de Lavinia Mitchell, también en las reservas: habitación 209. Es decir, que estarían en el mismo piso, prácticamente uno enfrente del otro... Magnífico.

Estaba firmando, cuando oyó la voz a sus espaldas.

—Hola, Louis. ¿Tengo mi reserva?

—¡Hola, señorita Mitchell! —exclamó el conserje con tono de agrado—. ¡Naturalmente!

—Bien. Estaré solo cuatro días esta...

Lavinia Mitchell enmudeció, alzó las cejas, y se quedó mirando a Ingram, que se había vuelto y la contemplaba a su vez con sorpresa,

con el bolígrafo en la mano.

—Vaya... —sonrió de pronto Ingram—. Hola.

—Hola... —sonrió también ella—. ¡Qué casualidad!

—Pues sí... Sí, ciertamente. Una agradable casualidad... Al menos, para mí.

Lavinia Mitchell se limitó a sonreír de aquel modo tan cortés, y al mismo tiempo tan dulce. Ingram terminó de firmar, vaciló, y le tendió el bolígrafo.

—Gracias —dijo ella.

—Mmm... Bien, hasta... Bueno, hasta la vista, ¿no?

—Me parece que sí.

El agente de la CIA parecía no saber qué hacer. El conserje llamó a un botones, que se hizo cargo de la maleta y de la llave, y se dirigieron hacia el ascensor.

Lavinia estaba firmando, y, al mismo tiempo, mirando el nombre recién escrito: Theodor Ingram.

—¿Solamente cuatro días esta vez? —preguntó Louis, solícito.

—Sí. Pero menos es nada... ¿También es un antiguo cliente?

—¿Quién?

—El señor Ingram.

—¡Ah! No... Es la primera vez que viene. Parece un caballero muy tranquilo y correcto. Lo digo, porque uno nunca sabe quién ha hecho las reservas, y a veces nos llega cada tipo...

—Sí. Es muy educado y tranquilo. Parece... profesor de algo, ¿verdad?

Louis echó un vistazo al pasaporte, y asintió.

—De Historia. Tiene usted buena vista, señorita Mitchell. Le he podido reservar la 209. Ya sabe —sonrió— con vistas al mar.

—Gracias, Louis. Hasta luego.

—A sus órdenes, señorita Mitchell. Feliz estancia.

Cuando poco después, la señorita Mitchell entró en su habitación, la puerta de la 216 acabó de cerrarse. Y dentro, Ingram se pasó la mano por la barbilla, pensativo. Fue adonde estaba su maleta, la colocó sobre la cama y la abrió. Del estuche de aseo tomó la barra de desodorante, más práctica que un *spray* para cumplir determinado cometido suplementario: llevar escondido en el fondo del envase un pequeño paquete envuelto cuidadosamente en plástico. Era un micrófono magnético, reducidísimo, pero de

eficacia más que comprobada.

Se lo acercó a la boca, y preguntó:

—¿Ha hecho contacto con alguien interesante?

Se guardó el micrófono, y fue a colocarse junto al teléfono, encendiendo un cigarrillo. Cuatro minutos más tarde, sonó la llamada.

—¿Sí?

—...

—¡Ah, bien! Gracias. ¿Hola?

—...

—Hola, Ernest. Sí, he llegado hace unos minutos. Sí, sí, tengo preparada la conferencia, desde luego. ¿Cómo?

—...

—Muy bien, nos veremos mañana, de acuerdo. ¿Han visto a algún conocido?

—...

—No... Bien, no importa. Seguiremos esperando. Sí, sí... Hasta mañana, Ernest.

Gracias por llamar.

Colgó, y de nuevo quedó pensativo. Lavinia Mitchell no había hecho contacto alguno, por el momento. A menos que el conserje... Bah, tonterías. Un asunto como aquél no podía ser así de fácil. ¿Qué esperaba? ¿Llegar y atrapar a Lavinia con las manos en la masa? La cosa sería mucho más complicada y laboriosa, sin duda alguna.

Eran las cinco de la tarde.

Hacia las seis, Lavinia Mitchell salió de su habitación, y Theodor Ingram se apresuró a ajustar completamente la puerta de la suya. A través de la madera oyó el taconeo de ella, y permaneció inmóvil hasta dejar de oírlo. Sacó del bolsillo el micrófono, y susurró:

—Va a salir.

Esperó un par de minutos más. Luego, salió, cruzó el pasillo, y se colocó ante la puerta 209, con la ganzúa escondida en el hueco de la mano. Tras mirar con indiferencia a ambos lados, la introdujo en la cerradura, y, en menos de diez segundos, tuvo abierta la puerta. Entró, cerró cuidadosamente, y miró a su alrededor. Fue al dormitorio, y a través de los cristales que componían la puerta-ventana que daba a la terraza, vio el mar. Movié la cabeza, y miró a todos lados, especulativamente. Por fin, colocó el micrófono en la

mesita donde estaba el teléfono, en su parte inferior.

Luego, abrió el armario, y vio los vestidos colgados muy ordenadamente.

Lavinia Mitchell era la mujer perfecta: seria, eficiente, pulcra, ordenada, metódica... La maleta. La sacó del armario, la puso en el suelo, y se arrodilló.

Durante unos segundos la estuvo examinando, sin tocarla. Luego, la abrió. Estaba vacía, lógicamente. Es decir, había un libro..., que durante cinco minutos estuvo sometido al más riguroso examen por parte del agente de la CIA. Era un libro, sin truco alguno. La maleta tampoco tenía doble fondo, ni truco alguno.

Por fin, se quedó mirando las sólidas correas de piel que la rodeaban y la fortalecían, verticalmente. Miró las hebillas, examinó las correas centímetro a centímetro..., y lo encontró. Entre la maleta propiamente dicha y una de las correas, en la parte inferior, encontró el pequeño microfilme. Era poco más largo de un centímetro, y no más ancho de tres milímetros. Y en definitiva, al verlo, Ingram tuvo la sensación de que un rayo acababa de descargar sobre su cabeza.

Y así, permaneció no menos de un minuto, inmóvil, arrodillado, sosteniendo con dos dedos el microfilme. Luego, lo puso a contraluz, y distinguió lo que a simple vista parecían rayitas, y que debían ser líneas mecanografiadas. Sólo había que obtener copias y ampliarlas, y *alguien* entraría en posesión de toda la información interesante que pudiese dimanar del Departamento Indirecto de Instrucciones.

El gesto de Theodor Ingram se endureció de un modo sorprendente, increíble.

—De acuerdo, Lavinia —susurró—: veamos hasta dónde podemos llegar.

Colocó el microfilme donde lo había encontrado, lo dejó todo en su sitio, con tal habilidad, que nadie podría notar ni menor cambio, y se acercó a la mesita bajo cuya superficie había colocado el teléfono.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

Salió de la habitación 209, y fue a la suya. El teléfono sonó muy poco después.

—¿Sí?

—...

—Sí, sí... ¡Ah! ¡Hola, Ernest!; otra vez usted... ¿Qué ocurre?

—...

—¿Esta misma tarde en lugar de mañana? Bueno, no tengo nada que hacer, realmente. ¿Dónde?

—...

—Circle Bar, Mam Street... ¿Eso está muy lejos de aquí?

—...

—Vale. Estaré ahí en cinco minutos, entonces.

Y en efecto, cinco minutos más tarde llegaba, a pie, ante el Circle Bar, cerca de Rawson Square. Se acomodó en la barra, y pidió un *whisky* con hielo. Mientras se lo servían, miró al hombre a cuyo lado se había sentado. Éste, sin mirarlo, dijo:

—Está enfrente, en la tienda de juguetes.

—¿En una tienda de juguetes? —musitó Ingram.

—Sí. Luego podemos ir Dexter y yo a echar un vistazo. Es muy posible que tenga allí su contacto.

—No —negó Ingram—, porque en ese caso, habría llevado el microfilme.

El agente de la CIA Ernest se atragantó con el humo del cigarrillo.

—¿Qué dice? —Casi gritó.

—Es ella, no cabe duda. He encontrado un microfilme escondido en una correa de su maleta.

Ernest se mordió los labios, pálido, antes de mascullar:

—Maldita puerca...

—Tranquilo —sonrió secamente Ingram—. Ya la tenemos a ella. Ahora, sólo tenemos que ir turnándonos para no perderla de vista... No tardará en entregar el microfilme: quizá mañana mismo, aunque piensa estar aquí cuatro días, esta vez. No la pierdan de vista cuando no me vean cerca de ella.

—Está bien. ¿Quiere ya la radio de bolsillo, Ingram?

—Sí, sí.

Le sirvieron el *whisky* a Ingram, y éste bebió un sorbo. Ernest pagó su consumición, saltó del taburete, y se alejó..., dejándose olvidado en el mostrador su paquete de cigarrillos. Theodor Ingram se lo guardó tranquilamente, acabó su *whisky*, pagó, y salió a la calle. Delante mismo había una tienda de juguetes, y, mientras

cruzaba la calle vio, a través del cristal de escaparate, a Lavinia Mitchell, que tenía una muñeca en las manos y escuchaba las explicaciones de la vendedora.

Un poco más abajo de Main Street había una tienda de artículos para fumador, y el agente de la CIA se plantó delante del escaparate, absorto en la contemplación de pipas, cigarros, tabaqueras, encendedores... Lavinia salió poco después, con una gran caja en los brazos, y comenzó a caminar hacia él. Sus pisadas resonaban de modo especial en los oídos de Ingram, aisladas, separadas de cualquier otro sonido de la bulliciosa arteria principal de Nassau: coches a motor, encantadores coches tirados por caballos y con toldos de colores, motocicletas, gente de varias razas...

Los pasos de Lavinia se detuvieron tras él.

Y su voz llegó clarísima, nítida, a oídos del espía:

—¿También usted ha salido de compras, señor Ingram?

Theodor se volvió vivamente, y alzó las cejas, en el más perfecto e hipócrita gesto de sorpresa.

—¡Ah, señorita Mitchell...! —dijo con tono de agrado—. ¡Vaya! Parece que no vamos a poder permanecer separados. Por cierto..., ¿cómo sabe usted mi nombre?

—Me parece que del mismo modo que usted sabe el mío —rió ella, tan dulcemente, que Ingram la odió intensamente por parecerle tan inocente—: o sea, leyendo en el libro-registro del hotel, me parece. Al menos, ése ha sido mi sistema. ¿Y el suyo?

—También... —rió Theodor—. Espero que eso no la moleste.

—De ninguna manera.

—Es usted siempre tan amable... Bueno... —Ingram pareció azorarse un poco—, no quisiera parecerle impertinente, pero es natural que yo sienta interés por usted.

—¿Sí? —Abrió mucho los ojos la bellísima Lavinia—. ¿Por qué?

—Pues... Bien, señorita Mitchell, tengo la certeza de que usted sabe perfectamente que es una mujer... muy..., agradable de contemplar.

—¡Oh...! ¡Usted sí que es amable, señor Ingram! —Se echó a reír Lavinia—. Y me gustaría poder corresponderle.

En aquel mismo instante, Theodor Ingram la hubiese emprendido a puñetazos con Lavinia Mitchell, por resultarle tan deliciosa, tan encantadora..., y ser una traidora.

Pero en lugar de eso, se echó a reír, también.

—¡No irá a decirme que soy un hombre guapo! —exclamó.

—Pues..., no exactamente. Aunque un hombre no necesita ser guapo para que resulte... agradable de contemplar. ¿Iba usted a comprar alguno de estos artículos?

—Estaba pensando en comprarme una pipa, porque quisiera dejar de fumar cigarrillos. Por eso del cáncer, ¿comprende?

—¡Oh!, no hay cuidado, a menos que fume usted demasiado. ¿Cuántos cigarrillos fuma al día?

—Seis o siete.

—¡Eso no es nada, señor Ingram! De todos modos, me parece acertada su idea de fumar en pipa. Y como quiero corresponder a su amabilidad de algún modo, le diré que un poco más abajo hay otra tienda en la que verá mucho más surtido de todo, y a precios un poco inferiores a éstos.

—Caramba... Se nota que usted viene con frecuencia a Nassau, desde luego.

¿O quizá vive aquí y donde pasa temporadas es en Estados Unidos?

—Si viviese aquí, no estaría en un hotel, señor Ingram.

—Claro... Bien, creo que iré a echar un vistazo a esas pipas de la otra tienda.

Encantado de haberla...

—Yo también voy para allí, si no le molesta.

—Todo lo contrario. ¿Me permite que le lleve el paquete?

—Muchas gracias... —Se lo entregó Lavinia—. ¡Qué hermosa tarde!, ¿verdad?

—Pues sí... Sí, en efecto. Y estamos en noviembre... Muy diferente a Washington, desde luego. Precisamente, estaba pensando que sería estupendo ir a cenar a un lugar con terraza, en lugar de encerrarse en el hotel... ¿Conoce usted algún lugar adecuadamente exótico y agradable?

—Varios. Y le diré una cosa: yo había tenido la misma idea. ¡Oh! Se me está ocurriendo algo divertidísimo, señor Ingram.

Caminaban Main Street abajo, Theodor con la caja que sin duda contenía la muñeca, mirando de lado a Lavinia, cada vez más irritado consigo mismo, al verla tan hermosa y elegante, alta, esbelta, magnífica. Bueno, ¿y por qué tenía que irritarle esto?

—¿Algo divertidísimo? Me gustaría saber qué es —dijo.

—Pues pienso que, de acuerdo a todos los indicios que poseemos respecto a nosotros, es más que posible que coincidamos en el lugar que elijamos para cenar.

—Sí... Todas estas casualidades empiezan a ser divertidas. A mí se me está ocurriendo otra idea, pero no sé si a usted le parecerá divertida.

—¿Cuál es la idea?

—Podríamos... ahorrarle trabajo en esta ocasión a *Madame* Casualidad, y ponemos de acuerdo para cenar juntos. ¡De todos modos vamos a encontrarnos, sea donde sea...!

—Usted es un hombre práctico, por lo que veo, señor Ingram. Bien, ésta es la tienda. ¿Qué le parece?

—Pues sí... Ha valido la pena este pequeño paseo..., por muchos motivos. Bien, señorita Mitchell...

—Voy a entrar con usted. En realidad, venía aquí, porque quiero comprarle un regalo a un amigo.

—¡Ah...! ¡Caramba, esto ya pasa de casualidad! Dígame una cosa: ¿cuál es su signo del zodiaco?

—Piscis.

—¡No me lo diga! ¡Pero si yo también soy Piscis!

—Increíble —se pasmó Lavinia—. Bueno, ¿entramos?

Entraron en la tienda, y Lavinia compró una caja de cigarros habanos. Theodor no tuvo más remedio que comprarse una pipa, que malditos demonios si pensaba utilizarla. De todos modos, cuarenta dólares por una buena pipa no era una inversión de las peores.

—Supongo —dijo Lavinia, ya en la calle—, que sabe usted que antes de fumar en ella debe cauterizarla con ron, señor Ingram.

—Algo de eso tengo entendido. ¿Está su amigo en el hotel?

—¿Qué amigo?

—El que va a recibir el obsequio: los cigarros habanos.

—¡Ah...! NO. No está en el hotel. Bueno, señor Ingram, si usted tiene que seguir...

—Preferiría acompañarla al hotel, si no la molesta. Así, le llevaré sus paquetes.

¿Puedo?

—Naturalmente. Y agradecida.

Poco después llegaban al hotel, pedían cada uno su llave, y subían al segundo piso en el ascensor. Lavinia abrió la puerta de su habitación, y se volvió.

—Incluso somos vecinos de piso, según parece —sonrió—. Gracias por todo, señor Ingram.

—Por favor... —rechazó él—. Respecto a ahorrarle trabajo a *Madame* Casualidad, ¿qué me contesta?

Los extraordinarios ojos de Lavinia Mitchell quedaron fijos en los del agente de la CIA de tal modo que Ingram se sintió de nuevo inquieto, desasosegado.

—¿A las siete y media en el vestíbulo? —susurró ella.

—Gracias, señorita Mitchell.

CAPÍTULO III

A las siete y veinticinco, Theodor Ingram apareció en el vestíbulo, impecable con su *smoking*. Dejó la llave, miró su reloj, y fue a sentarse en uno de los sillones... Lo estaba haciendo cuando vio a Ernest en la puerta del hotel, mirándolo fijamente. En cuanto Ernest se dio cuenta de que él le había visto, desapareció en el exterior.

Theodor acabó de sentarse, volvió a mirar su reloj, pareció recordar algo, y se puso en pie. Segundos después, entraba en los servicios, y se encerraba en uno de los compartimientos. Sacó el paquete de cigarrillos que Ernest había «olvidado» poco antes en el mostrador del Circle Bar, y apretó hacia abajo uno de ellos. Sabía que Ernest tenía algo que decirle, y que no lo había llamado él por temor a que hubiese alguien cerca y pudiese oír el zumbido de la radio.

—¿Sí? —murmuró.

—¡Hola, Ingram...! —Sonó apagada la voz de Ernest—. Tengo algo divertidísimo que contarle. Me gustaría estar ahí con usted para verle la cara.

—Puede oírme reír, de todos modos —frunció el ceño Theodor—. ¿Qué es eso tan divertidísimo?

—Ella ha llamado por teléfono. Tenemos grabada la conversación.

—¡Ah...! ¡Magnífico! ¿Adónde ha llamado?

—A cierto número, que no quiero mencionar, de Washington. Corresponde, sin duda usted lo sabe perfectamente, a la Sección de Protección Inmediata.

—¿Ella ha llamado a la Sección de Protección Inmediata de la CIA? —Se pasmó Theodor—. ¿Para qué?

—Evidentemente, para pedir protección. Parece estar un poco

asustada: asegura que un agente secreto, que posiblemente sea ruso, la está vigilando.

—Demonios... —exclamó Ingram—. ¡Demonios! Debo estar perdiendo facultades, porque no he observado nada sospechoso alrededor de ella... ¿Han visto ustedes a algún sujeto que pueda parecerles ese agente ruso?

—Por supuesto que sí. Lo tenemos localizado y controlado, y sabemos incluso el nombre que está utilizando en Nassau. Un nombre que, además, es el verdadero, según nuestras noticias.

—¡Buen trabajo, Ernest! ¿Quién es el tipo?

—Theodor Ingram.

—¡Ah! Pues... ¿Qué?

—Theodor Ingram: usted.

Ingram estaba como si acabase de recibir un mazazo en plena cabeza. Su primera reacción fue ponerse rojo de ira. Luego, pálido.

—Ernest: ¿me está usted diciendo que esa mujer ha tenido la desfachatez de pedir ayuda..., contra mí?

—Eso ha hecho.

—Por todos los demonios de...

—Será mejor que lo vea por el lado cómico, compañero. Y hasta diría yo que sería muy conveniente, por nuestra parte, reflexionar sobre esto.

—¿Qué quiere decir?

—Bien... Si usted fuese un traidor que hubiese venido a Nassau a entregar información del Departamento de Guerra de los Estados Unidos..., ¿pediría protección, atraería a los de Seguridad hacia usted?

—Ni estando loco —aseguró Ingram.

—Pues ella lo ha hecho. ¿Está seguro de que ha visto un microfilme en su maleta, Ingram?

—No —masculló Theodor—: estaba borracho y vi visiones.

—Perdone... Bien, no sé... Supongo que la chica tiene la cara más dura que el acero, en definitiva. ¿Qué hacemos? Porque algo hay que hacer, o desde Washington enviarán un par de los nuestros a protegerla, o quizá les den esa orden a dos de los residentes en Nassau.

—Cuando en Washington sepan que el sospechoso de ser un agente ruso se llama Theodor Ingram, se van a partir de risa —

gruñó Theodor.

—Pero tendrán que hacer algo, o Lavinia se extrañaría.

—Es cierto... Bien, llamen ustedes al jefe, y díganle que lo arregle todo de manera que ustedes dos pasen a ser esos protectores de Lavinia Mitchell. De este modo, podrán vigilarla sin que ella se alarme, sino todo lo contrario, pues pensará que ustedes son de la CIA y que tienen la misión de protegerla.

—Magnífica idea. Bien, Ingram: buen provecho, y que se divierta.

—¿A qué se refiere?

Se oyó una apagada risa de Ernest.

—La señorita Mitchell ha dicho que va a cenar con usted, y que hará todo lo posible por irle arrancando palabras que puedan ayudarla a convencerse de quién es usted y qué pretende de ella.

Ingram quedó de nuevo estupefacto por un instante. Por fin, tuvo que sonreír.

—Va a ser una cena divertida en verdad. Adiós, Ernest.

Cerró la comunicación, se guardó el paquete de cigarrillos y salió del compartimiento higiénico. Segundos después, aparecía de nuevo en el vestíbulo..., mientras Lavinia Mitchell salía del ascensor.

Los pies del agente de la CIA quedaron como clavados al suelo. Cuando reaccionó, se dio cuenta de que todos los hombres que había por allí habían experimentado lo mismo que él: la más grande admiración y estupefacción ante la belleza de Lavinia Mitchell, que llevaba un vestido de noche largo, escotadísimo, y un chal sobre los desnudos hombros.

Se había recogido los cabellos y maquillado un tanto exóticamente. El conjunto de su figura era maravilloso.

Ella le vio, y le sonrió, mientras caminaba hacia conserjería, donde dejó la llave de su habitación. Theodor acudió a su encuentro, y sonrió, pensando que del mismo modo sonreiría un cocodrilo al que acabasen de decirle que van a hacer unos cuantos bolsos con su piel.

—No sé qué decir... —murmuró—. Perdóneme si le parezco tonto y sin imaginación, señorita Mitchell, pero no sé qué decir. Usted..., usted es demasiado hermosa. Lo siento.

—Pues, señor Ingram —sonrió ella, de aquel modo dulcísimo—,

yo diría que usted acaba de decirme una simpática galantería, así que no se preocupe: ha cumplido.

—Me temo que no... Bien, voy a pedir un taxi para...

—¡Oh, no hace falta! Pedí esta tarde que me alquilaran un coche, como siempre, y acaban de entregarme las llaves. Espero que sepa usted conducir.

—Normalmente, sí.

—¿Normalmente? No comprendo...

—Si la voy mirando a usted, me temo que acabaremos en un hospital.

—Entonces, no me mire mientras conduzca —rió ella—. He elegido un lugar que espero será de su agrado.

—No me cabe la menor duda.

Salieron del hotel, y el portero saludó a Lavinia de modo especial, señalando uno de los coches estacionados delante. Ingram se puso al volante, y Lavinia indicó:

—Iremos hacia los Sea Gardens... ¿Los ha visto alguna vez?

—No... No.

—De día son., verdes y rojos, impresionantes. De noche, a la luz de la luna, es sobrecogedor, yo diría que hasta excitante. Son como masas de vegetación en el mar.

Delante, en la costa, hay un restaurante llamado Octopus donde sirven...

Llegaron en veinte minutos. Para entonces, Theodor Ingram tenía ya adherido a su olfato el aroma de Lavinia Mitchell, aquel discretísimo y elegante perfume, sobrio y caro.

Tan adherido, que le parecía que ya jamás podría desprenderlo. Conduciendo de noche, a la luz de la luna, y oyendo la voz de Lavinia, Theodor Ingram se sintió de pronto casi enfermo, notando aquel frío en la espalda, de nuevo. Como siempre que los recuerdos volvían a su mente... Los tristes y dolorosos recuerdos.

Ella se había llamado María Amparo Carranza. Una portorriqueña muy hermosa... Tan hermosa como Lavinia Mitchell, sólo que diferente. Muy diferente. Más espectacular, quizá, con su cuerpo cimbreado, sugestivo, fantástico, y sus largos cabellos negros, como los grandiosos ojos. Se habían amado tanto... Con María Amparo, Theodor Ingram había llegado a la conclusión de que en la vida sólo es necesario el amor, y un bello jardín en alguna

parte, para vivirlo. Sólo eso. Tenía entonces un largo trabajo de recopilación de datos en Jamaica, así que alquiló una bonita casa, naturalmente con un bello jardín, donde él y María Amparo tomaban el sol y se amaban. Había encontrado su bello jardín en alguna parte...

Hasta que un día, los jefes de María Amparo consideraron que el agente de la CIA Theodor Ingram estaba aprendiendo demasiado, tanto, que quizá llegase a darse cuenta de que María Amparo estaba con él, sólo para ir obteniendo los informes que tanto esfuerzo le costaban a él, y pasarlos a los otros... Debieron temer que él se hubiese dado cuenta de algo, que estuviese ya desconfiando de ella, lo cual no era cierto en modo alguno. En aquellos tiempos, Theodor Ingram tenía sólo veintisiete años, y hacía tres que trabajaba para la CIA. Considerado profesionalmente, era como un niño listo, pero demasiado confiado. Aún tenía mucho que aprender. Y seguramente, lo que sucedió fue lo que puso a Ingram en la senda de los mejores espías, de esos que no confían en nada ni en nadie, jamás; de esos que, mientras aprenden, se endurecen y se amargan hasta unos límites espantosos de soledad y de angustia, de temor, de tensión... Sí, seguramente fue aquello que hizo María Amparo lo que puso a Ingram, muy poco después, en las listas de los agentes con los que la CIA sabía que podía contar para *todo*.

La primera cuchillada de María Amparo, por la espalda, no pudo con él; fue la primera herida que recibió, y la peor de todas. El cuchillo se clavó demasiado por encima de los riñones, y Theodor pudo volverse y mirar a la bellísima María Amparo. La vio pálida, dispuesta a saltar de nuevo hacia él con aquel cuchillo que ya estaba manchado de sangre...

Ni siquiera habían dicho una sola palabra, ni siquiera se habían dicho adiós... María Amparo saltó hacia él para rematarlo, y Theodor, sin saber lo que hacía realmente, desvió el cuchillo con el brazo izquierdo, y con el puño derecho golpeó a María Amparo en la barbilla, que crujió de un modo que jamás olvidaría. Con aquél sólo golpe, que repercutió hacia la base del cráneo, rompiéndola, mató Theodor Ingram a María Amparo. Y con María Amparo murió la capacidad de amar de Theodor Ingram, que comprendió que ya jamás encontraría un bello jardín en alguna parte...

—Me parece que no me está escuchando, señor Ingram... ¿Se

encuentra bien?

Theodor volvió la cabeza hacia Lavinia Mitchell, y sonrió. Sonrió como si estuviese sintiendo el frío del cuchillo de María Amparo hundiéndose en su espalda.

—Perdone... —dijo *alegremente*—. Con una noche tan hermosa, la luna, y su voz como fondo musical, me parece que me he distraído un poco.

—Qué romántico... —rió ella—. ¿Tiene usted calor?

—¿Calor? No... No, desde luego.

—Pues yo diría que está sudando.

Theodor sacó el pañuelo, y se lo pasó por la frente. Claro que estaba sudando, pero no de calor, sino de angustia. Un sudor frío, que le agarrotaba.

—Debe ser de emoción... —sonrió—. ¿Falta mucho?

—No... No.

Sí, llegaron en veinte minutos, y fue entonces cuando Ingram se dio cuenta de que jamás olvidaría el aroma de la piel perfumada de Lavinia Mitchell. ¿O sí? Porque, a fin de cuentas, ¿acaso no había olvidado el perfume de María Amparo? Tan hermoso que hubiese sido tener un bello jardín en alguna parte...

—Hemos llegado, señor Ingram.

—¡Oh...! Sí, ya me he dado cuenta, sí. Permítame.

Salió rápidamente del coche, pero llegó tarde. Ya un empleado del restaurante, un negro colosal, había abierto la portezuela del lado de María Amparo... Se detuvo aterrado. No. No de María Amparo, sino de Lavinia Mitchell. Lavinia Mitchell, eso era.

La tomó del brazo, y ella le miró, casi respingando.

—¡Qué mano tan helada! —exclamó.

—Perdone... Me parece que me está saliendo ahora el miedo que he pasado durante el viaje. No estoy muy acostumbrado a viajar en avión, la verdad. Éste es un bonito lugar, en efecto.

Era no sólo bonito, sino lujoso. Todo estaba decorado en rojo, de modo que destacaban mucho las verdes plantas, las palmeras enanas colocadas en grandes tiestos también pintados de rojo. El suelo relucía de tal modo, que parecía de cristal negro.

Ocuparon una mesita en la terraza. Entre ellos había un pequeño y delicado búcaro con una sola flor; pero además, Theodor Ingram olía el mar, muy cerca de ellos, negro y plateado. Al fondo del

comedor había una pequeña orquesta, negros todos sus componentes, que tocaban muy suavemente un ritmo que sugería noches de selva y vudú.

—¿Le apetece un aperitivo? —musitó Ingram.

—Sí.

Se lo sirvieron a ambos mientras esperaban la cena, que Theodor dejó a elección de Lavinia. Ésta miraba hacia el mar, de modo que estaba casi de perfil con respecto al agente de la CIA. Durante un par de minutos, ambos permanecieron inmóviles, ella mirando el mar, él mirándola a ella, cada vez más desasosegado. Lavinia Mitchell tenía un rostro extraordinariamente sereno, apacible, dulce, además de bellísimo. Pero, en aquellos dos minutos, Ingram fue captando en cada rasgo de ella, la gran inteligencia que sin duda poseía. Incluso en su boca tan delicadamente pintada de color rosado había un gesto de determinación, de seguridad en sí misma.

De pronto, ella lo miró y sonrió.

—Lo más doloroso de la vida es preguntarse alguna vez si vale la pena vivirla... ¿No le parece, señor Ingram?

Las palabras de Lavinia sorprendieron a Theodor, pero se mostró jovial.

—Yo creo que siempre vale la pena vivirla, señorita Mitchell.

—No sé... Depende de los alicientes de cada uno. ¿Cuáles son sus alicientes?

El agente de la CIA frunció el ceño, de nuevo sorprendido. ¿Sus alicientes? Muy bien: ¿cuáles eran? Reflexionando brevemente, se aterró ante lo inesperado de la respuesta que halló: ninguno. No tenía ningún aliciente en su vida. Lo único que hacía era jugársela en misiones para la CIA, y se preguntó si realmente valía la pena. ¿Valía la pena vivir solo para jugarse la vida? Era absurdo, desde luego.

—Bueno —sonrió de modo bastante convincente—, supongo que tengo varios alicientes, pero el mayor de ellos es mi trabajo.

—¿No tiene familia?

—No.

—Pero debe tener amigos, supongo.

—No. Conozco a muchas personas, pero no tengo amigos.

—Le entiendo, Y supongo que eso debe ser profundamente triste... ¿Cuál es su trabajo?

—Soy profesor de Historia. Precisamente estoy en Nassau porque un... conocido que reside aquí me escribió a Washington diciéndome que podía ganar una aceptable cantidad de dinero presentando en el Ayuntamiento de Nassau unos estudios sobre las islas Bahamas en su aspecto histórico.

—Interesante. Pero creo que los ingleses ya deben haber provisto de suficiente historia la biblioteca de Nassau... ¿No le parece?

—Entiendo que es inminente la total independencia de las Bahamas, y que sus habitantes quieren disponer de un punto de vista histórico más objetivo que el de los ingleses. Al parecer, existe una... especie de concurso en este sentido.

—Y usted va a presentar su trabajo de historia sobre estas islas.

—Sí, en efecto.

—¿Era esto lo que leía durante el viaje?

—Sí... Sí. Me temo que tendré que hacer algunas correcciones. ¿Y usted, señorita Mitchell? ¿Tiene familia?

—No, a nadie.

—Una nueva coincidencia entre ambos. Bueno, a menos que sea usted millonaria, imagino que debe trabajar en algo.

—Soy secretaria en una gran empresa. Bueno, algo así como secretaria. Digamos que traduzco y archivo documentos de negocios.

—¿De qué idioma los traduce?

—Conozco varios: español, ruso y francés.

—Caramba.

—¿Usted sólo habla inglés?

—Pues no... También hablo algo de español, un poco de alemán e italiano, creo que bastante bien el francés, me defiendo en ruso, y hasta soy capaz de hacerme entender en japonés.

—Me ha vencido... —rió ella—. ¿Viaja usted con frecuencia?

—Con más frecuencia de la que quisiera, porque como le he dicho, el avión me produce un poco de miedo. Siempre me digo que de algo hay que morir, pero preferiría... no morir violentamente. Claro que también se puede morir violentamente viajando en tren, o en barco, o... en bicicleta. Pero yo me siento más seguro cuando mis pies están en tierra firme.

—Eso nos pasa a todos —volvió a reír Lavinia—, pero hay que

sobreponerse. En estos tiempos, cuando se ha de hacer un viaje un poco largo, casi resulta ridículo hacerlo por un medio lento. ¿Se imagina que hubiésemos hecho el viaje a Nassau en barco? ¡Ni siquiera estaríamos a la mitad del camino!

—Lo importante no es llegar pronto, sino llegar a tiempo.

—También es cierto... Y dígame, señor Ingram: ¿publica usted libros de historia?

—He escrito algunos, en efecto. Pero el grueso de mi trabajo consiste en retazos históricos que suelen aparecer en algunas revistas.

—¿Todas de Estados Unidos?

—No, no. Escribo bastante para otros países.

—Eso implica una gran cantidad de correspondencia con esos países, ¿no?

—Sí... Sí, claro.

—Me parece que el tema de nuestra conversación no le está gustando demasiado —sonrió ahora Lavinia.

—Me da la impresión de que estoy trabajando. Eso, por una parte. Por otra parte...

—¿Sí?

—Pues..., me parece tonto hablar de trabajo estando con una mujer como usted.

—¿De qué le parece que se debe hablar con una mujer como yo?

—De un bello jardín en alguna parte.

La respuesta desconcertó por completo a Lavinia.

—De un bello jardín en alguna parte... —susurró—. Es una bonita respuesta, pero me temo que no la comprendo. ¿Qué ha querido decir?

Por un instante, a Theodor le pareció que sobre el rostro de Lavinia Mitchell aparecía la imagen del de María Amparo Carranza... Fue solo un instante. Inmediatamente, se sorprendió al comprobar cuán poco recordaba, en realidad, el rostro de su primer amor; primero y único, hasta el momento. Lo recordaba tan poco, que lo único que pasó fue que, durante aquel brevísimo instante, sólo vio un poco borrosas las facciones de Lavinia.

En el instante en que abría la boca, apareció el camarero, acompañado del jefe del comedor, muy sonriente y atento.

—La sopa de tortuga, señorita Mitchell... Estamos esperando

ansiosamente su aprobación. Ya sabe que si no es así, despediremos al cocinero.

—Estoy segura de que no será necesario —sonrió ella.

Les sirvieron la sopa, ella la probó, entornó los ojos..., suspiró.

—Perfecta... —aseguró—. Absolutamente perfecta, Raymond. Dígaselo a Onofre.

—Gracias... Gracias, señorita Mitchell: se pondrá muy contento. ¿Están ustedes bien?

¿Se sienten a gusto en Octopus?

—En efecto. Siempre estoy bien aquí, Raymond. Aunque..., la verdad, no sé qué debe pensar el señor Ingram.

Theodor se mostró a la altura de las circunstancias.

—Se está magníficamente. Será una pena marcharse. Y espero que antes tendremos música adecuada para bailar, Raymond.

—Naturalmente, señor. En Octopus todo se hace al ritmo de nuestros amigos clientes.

Comprobará usted que en el mismo instante en que sienta deseos de bailar, los músicos tocarán música adecuada.

—En tal caso, no cabe duda de que deben conocer bastante la brujería del vudú.

—¡Un poco! —rió Raymond—. Por favor, si algo no fuese de su agrado, avíseme, inmediatamente.

No hubo nada que no fuese de su agrado. Cenaron conversando de temas variados, gozando de una excelente comida, del olor del mar, de la luna... En determinado momento, la música cambió de ritmo, y Theodor alzó las cejas.

—Precisamente, iba a pedirle si quería bailar, señorita Mitchell.

—¡Oh, sí..., sí!

Los servicios de la cena estaban siendo retirados de las mesas, tan discretamente, que los camareros parecían irreales. Se habían apagado muchas luces, y sólo había un cierto resplandor rojizo alrededor de la pista circular situada ante la orquesta. Era como un mundo rodeado de gruesos colchones que impedía el acceso a todo sonido ajeno al lugar, al momento, al ambiente.

La espalda de Lavinia parecía de seda, tibia, tierna, bajo la mano derecha de Theodor.

En la izquierda, tenía la derecha de ella, y se le antojó una flor... Al tercer baile, Lavinia acercó su mejilla a la de él, y susurró, muy

cerca de su oído:

—¿Qué quiso decir con lo del bello jardín en alguna parte?

—Creo que eso es lo único que un hombre puede desear, cuando ama a una mujer —susurró también él.

—¿Ama usted... a alguna mujer?

Notó el ligero estremecimiento de ella, cuando contestó:

—No.

—Entonces —musitó Lavinia tras unos segundos de silencio—, ¿cómo sabe usted que eso es lo único que puede desear un hombre que ama?

—Amé una vez.

—¿Sólo una vez?

—Sólo una vez.

Lavinia separó su rostro de la mejilla de él, y lo miró fijamente.

—¿Cree que sólo se puede amar una vez, Theodor?

—No lo sé. ¿Qué cree usted?

La música cesó. Lavinia retiró su mano de la de Ingram, que a su vez retiró lentamente la suya de aquella espalda de seda tibia y tierna.

—Tengo que levantarme temprano, mañana —musitó Lavinia—. ¿Le parece bien que volvamos ya al hotel?

—Me parece muy mal —aseguró Ingram—, pero me ha dado usted demasiado para pedirle más.

Ella parpadeó. Parecieron olvidarse de que estaban en el centro de la pista, solos, como envueltos en luz negra y roja, mirándose fijamente. Ingram la tomó del brazo, de pronto, y volvieron a la mesa. Pagó la cuenta, y poco después, despedidos por el atentísimo Raymond, se hallaban en el coche. Ingram lo puso en marcha, y emprendieron el regreso, por Western Road. A su izquierda estaba el mar, que se iba alejando... Pasaron junto a Lightburn Creek, que parecía un espejo, y luego bordeando Old Fort Bay. Estaban rodeados de palmeras.

Al pasar por Old Fort Point, Lavinia dijo:

—Pare, por favor.

Ingram sacó el coche de la carretera, y lo detuvo frente al mar. Apagó el motor, y en el acto se sintieron sumergidos en un silencio completo..., hasta que sus oídos se adaptaron al suavísimo rumor de las pequeñas olas, muy cerca de ellos.

—Un bello jardín en alguna parte... —susurró Lavinia—. Es una frase muy acertada: me parece que nunca la olvidaré.

Theodor Ingram volvió la cabeza hacia ella. Lavinia también lo estaba mirando, fijamente, y parecía tener los ojos llenos de estrellas. Su boca estaba entreabierta, como en un gesto de ansiedad. Ingram sintió, al mismo tiempo, una especie de impacto ardiente en el pecho y un ramalazo de frío en la espalda... ¿Hasta dónde estaba ella dispuesta a llegar para sonsacarlo?

Deslizó un brazo por los hombros desnudos de Lavinia, pues ella se había dejado caer el chal hacia la espalda. La mano derecha del espía se cerró en el finísimo hombro femenino.

Luego, atrajo lentamente a la mujer. Ella cerró los ojos, y sus labios se separaron un poco más.

Theodor Ingram dejó de oír el rumor del mar cuando la besó en los labios. Dejó de oírlo todo, de sentirlo todo..., excepto el latir de su corazón, y, apretado contra su pecho, el de ella. Fue un largo beso, en el que por parte de ambos estaban escapando años y años de soledad... Ingram se estremeció de nuevo cuando la mano de ella se posó en su mejilla, acariciándola, y luego pasó a la nuca. Por fin, Lavinia deslizó sus labios hacia la barbilla de él, suspirando tan profundamente, que el espía se sintió sobrecogido. La besó en el cuello, en el hombro, en la garganta...

—Theodor, vámonos —alentó ella.

Ingram la volvió a besar en los labios, recogiendo y entregando de nuevo años de soledad. Ella volvió a apartarse, le besó en la barbilla, y luego sonrió, temblorosos los labios.

—Por favor... —pidió—. Por favor, vámonos...

Cuando quince minutos más tarde se hallaban ante la puerta de la habitación de ella en el hotel George V, Theodor Ingram era el más desconcertado espía del mundo. Catorce años de profesión, nueve heridas, una frialdad conseguida a basé de desengaños y durísima lucha... Y ahora, no sabía qué pensar.

—¿Nos veremos mañana? —musitó.

Lavinia abrió la puerta, entró, y se volvió.

—No... —dijo—. Mañana pasaré el día fuera de Nassau.

—Si vas a pasear por la isla, me gustaría...

—No, Theodor... No.

Ingram asintió con la cabeza.

—Ya sabes dónde estoy —dijo.

Cuando entró en su habitación, Lavinia ya había cerrado su puerta. Se dirigió lentamente al dormitorio, se quitó el lazo y la chaqueta, y se sentó en una esquina de la cama, encendiendo un cigarrillo. Muy bien: ¿cuándo le clavaría Lavinia el cuchillo en la espalda?

Quince minutos más tarde, cuando estaba tendido en la cama, pero sin pizca de sueño, sonó una sola vez la pequeña radio contenida en el paquete de cigarrillos, que había dejado sobre la mesita de noche. «Tiiit», zumbó la llamada.

Ingram contestó inmediatamente:

—¿Sí?

—Soy yo —oyó la inconfundible voz de Ernest—. Ella ha vuelto a llamar al mismo sitio.

—¿Qué ha dicho?

—Que está segura de haberse equivocado con respecto a usted. Ya no cree que sea un agente ruso..., pero quiere saber quién y qué es usted, Ingram. Me parece que nos estamos equivocando. Ella...

—Llame a Washington y diga que le informen a Lavinia Mitchell de quién soy... aquí: es decir, un profesor de Historia. Sólo eso.

—Bien... Usted es el experto, desde luego. Pero en mi opinión...

—No interesa su opinión. Y a decir verdad, la mía tampoco. Espero que entienda esto, Ernest.

—Desde luego. Haré lo que dice.

—Ella va a salir mañana temprano, no sé adónde, pero sí sé que estará todo el día fuera de Nassau. Estén preparados para seguirla. Si lo hiciese yo, se daría cuenta. Y mucho cuidado.

—¿Qué quiere decir? ¿A qué se refiere?

Theodor Ingram casi sintió en la espalda una vez más la cuchillada de María Amparo.

—Quiero decir que tengan cuidado —dijo secamente—. Eso es todo.

Cortó la comunicación, y se quedó con la mirada fija en la oscuridad. Ojalá mañana Lavinia hiciese algo revelador... Cuanto antes terminase aquel asunto, mejor. Mañana, mejor que pasado mañana.

CAPÍTULO IV

Debían ser las nueve de la mañana cuando, mirando por la estrecha rendija de su puerta entreabierta, vio abrirse la de la habitación de Lavinia. Ella apareció, vestida de *sport*, pero por supuesto, elegante y sobria como siempre... Y bellísima como siempre.

Ingram casi respingó cuando la vio mirar hacia su puerta, y vacilar. Estuvo a punto de cometer el tremendo error de cerrar su puerta, con lo cual, sólo habría conseguido que ella se diese cuenta de que no había estado cerrada del todo. Consiguió permanecer inmóvil, observándola... Era imposible que ella pudiese verle. Lavinia llevaba la caja que contenía la muñeca, y un gran bolso. Y vacilaba, como queriendo acercarse...

Por fin, movió la cabeza como negándose algo a sí misma, y cerró su puerta, con leve chasquido. Cerró con llave, y se alejó por el pasillo. Ingram oyó el ascensor. Llegó, ruido de puertas... Luego, el ascensor inició el descenso.

Llamó por la camuflada radio de bolsillo:

—¿Ernest?

—Sí, Ingram, diga.

—Va a salir dentro de un minuto. Posiblemente, entregará el microfilme, así que no la pierdan de vista.

—Descuide. Estamos preparados.

—De acuerdo.

Cerró la radio, y fue hacia el cuarto de baño, dispuesto a ducharse y afeitarse... Pero cambió de pronto de idea. Cogió la ganzúa, salió del pasillo, y fue hacia la habitación de Lavinia. Esta vez le costó menos de diez segundos abrir la puerta. Y una vez dentro, se fue directo a la maleta en cuya correa estaba el pequeño microfilme. Es decir, donde había estado, ya que, sin duda, Lavinia

se disponía a entregarlo...

No.

No.

El microfilme continuaba allí, entre la maleta propiamente dicha y la correa de seguridad que la rodeaba.

—No comprendo... No comprendo.

Lo miró al trasluz, y le pareció que era el mismo, desde luego. De pronto, sonrió duramente. Bien: Lavinia iba a permanecer cuatro días en Nassau, así que no tenía por qué darse prisa... Debía ser una mujer muy paciente y cauta. Ya tenía allí el microfilme: ¿por qué apresurarse? Primero pasearía, se divertiría, obraría como una turista cualquiera. Y a lo mejor, su astucia llegaba al extremo de entregar el microfilme precisamente al marcharse, cuando ya, si alguien la había estado vigilando, se habría convencido de que no había llevado a cabo ninguna acción o contacto sospechoso.

«Terriblemente lista... —pensó Theodor—. Y muy paciente. Muy bien, no será ella quien me enseñe a tener paciencia».

Regresó a su habitación, naturalmente dejando el microfilme en su sitio... Lo que importaba no era impedir que aquel microfilme llegase a su destino, sino cortar la fuente de información a los agentes que lo recibían.

Recurrió de nuevo a la radio de bolsillo.

—Ernest, ¿hacia dónde va ella?

—Por el momento, parece que hacia el aeropuerto, estamos subiendo ahora por Blue Hill Road.

—Hacia el aeropuerto... —Se estremeció Ingram—. Es posible que quiera tomar un avión hacia alguna parte de Centroamérica. Tiene tiempo de ir y volver... Pero no. Es absurdo: el microfilme sigue aquí, en su maleta.

—¿Lo ha dejado en el hotel? —se sorprendió Ernest.

—Sí... No comprendo bien esto. Sigán tras ella.

—¿Qué hacemos si, en efecto, quisiera tomar un avión?

—Si hiciese semejante cosa, sería que ha estado mintiendo todo el tiempo que ha pasado conmigo. Quizá ha comprendido la verdad, se sabe descubierta, y anoche me engañó, para poder escapar hoy... Si quisiera tomar un avión, el juego habría terminado: no se lo permitan.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Sí. Somos compañeros de trabajo, Ernest, así que el «usted» ha terminado entre nosotros.

—*Okay*, chico. Ya te iremos llamando.

—Bien.

Se guardó la radio en un bolsillo, dio un paso hacia el cuarto de baño..., y oyó afuera, en el pasillo, el batir de una puerta. El sonido resultó familiar: la puerta de la habitación de Lavinia.

Y con sólo este detalle, Theodor Ingram palideció. Santo cielo..., ¿cómo no había pensado en ello? ¡Era tan sencillo...! Lavinia podía marcharse, tranquilamente, dejando el microfilme allí..., porque otra persona lo recogería. Cómodo, limpio, seguro, eficaz..., como todo lo que hacía Lavinia Mitchell.

Entreabrió la puerta, y esperó. Cinco o seis minutos tan sólo. Al cabo de ese tiempo, la puerta se abrió, y del interior de la habitación de Lavinia salió... una de las camareras del hotel. Ingram quedó desencantado. Vio a la camarera, una linda muchacha mulata, con varias llaves en las manos, mirando sus números... Tenía las llaves de los huéspedes que ya habían salido del hotel aquella mañana, y estaba arreglando sus habitaciones, haciendo las camas... La joven y bonita mulata fue a otra puerta, la abrió, y entró, con toda tranquilidad. El agente de la CIA frunció el ceño. ¿Y bien? ¿Por qué no podía ser el contacto de Lavinia, una camarera del hotel?

Salió de nuevo de su habitación, sigilosamente, y volvió a entrar en la de Lavinia. Una vez más, quiso ver el microfilme..., y el microfilme ya no estaba. Ingram miró vivamente hacia la puerta. ¡La camarera! Nadie más había entrado en la habitación de Lavinia.

Esperó a que la mulatita saliese de la otra habitación y entrase en la siguiente.

Entonces, regresó a la suya, cerró, y se apresuró a poner en orden sus ideas. Era atrozmente sencillo: Lavinia llegaba al hotel, siempre al mismo, y ocupaba una habitación; al día siguiente, o cuando tuviese su turno de servicio, la mulatita empleada allí recogía el microfilme, y asunto terminado. Atrozmente sencillo.

Y luego..., ¿a quién se lo entregaba?

«A nadie del hotel... —se dijo el espía—. Sería necio hacer pasar el microfilme por tantas manos, hacer intervenir a tanta gente... No. Esa morenita, simplemente, sigue haciendo su trabajo en el

hotel, y cuando termina, se va, y es entonces cuando lo entrega».

Pegado de espaldas a la puerta, Ingram estuvo escuchando hasta oír el chasquido de otra puerta. Entonces, salió al pasillo, mirando a ambos lados, como desorientado. Al ver a la mulatita, que a su vez lo miraba, sonrió ampliamente.

—Señorita —llamó.

—Diga, señor —se acercó la muchacha, esbelta y flexible como una gatita.

—Entiendo que es usted la camarera de este piso, ¿no es así?

—Para servirle, señor.

—Bueno, quería limpiarme un poco los zapatos, pero no veo nada con qué hacerlo. Si fuese tan amable...

—¿No hay una gamuza en su cuarto de baño? —se extraña ella.

—Pues no... Caracoles, al menos yo no la he visto.

—¿Me permite entrar?

—Naturalmente.

Le cedió el paso, y se fue tras ella, contemplando las ondulantes caderas, las esbeltas y bien torneadas piernas de color achocolatado. Un bombón, desde luego. Al parecer, Lavinia tenía buen gusto hasta para elegir sus enlaces...

Entró en el cuarto de baño detrás de la muchacha, que se fue directa hacia el rincón de la izquierda, y tomó la gamuza envuelta en plástico transparente, colocada en una varilla metálica. Se volvió, sonriendo.

—Véala, señor.

Ingram puso cara de auténtico tonto.

—Vaya... ¡Caramba, gracias! Tiene usted mejor vista que yo. Lo cual —añadió rápidamente— no me sorprende, con esos ojazos... ¡Vaya si tiene usted ojos, nena!

—Sí —rió la camarera—: dos. Como todo el mundo.

—Pero los suyos son mejores.

—Muchas gracias, señor. ¿Puedo servirle en algo más?

—Pues... No sé... —Ingram guiñó un ojo—. Depende. ¿Cómo se llama usted?

—Jacobine, señor.

—¿Jaco... qué? —Respingó el espía.

—Jacobine —rió ella.

—Caracoles... Bueno, demonios... Y dígame, Jacobine: ¿a qué

hora termina usted su trabajo en el hotel?

—A las seis de la tarde, señor.

—Es una hora magnífica para tomar unos tragos por ahí, ¿no le parece?

Jacobine dejó de sonreír.

—Perdone, señor. Tengo trabajo que hacer en otras habitaciones. Con permiso...

Quiso pasar por su lado para salir, pero Ingram la tomó de un brazo.

—Espere, por favor... —murmuró—. Me parece que soy más bruto de lo que pensaba, Jacobine. Mire... Soy un pobre tonto de lo más aburrido, ¿comprende? Yo he... Bueno, he venido por carambola a Nassau, y pensaba... divertirme un poco. Nada malo, se lo aseguro. Ocurre que soy muy tímido, y no sé... Bien, ¿usted me entiende?

—No, señor.

—Yo he... O sea, que no me atrevo a dirigirme así por las buenas a ninguna chica, ¿comprende? Usted me... me parece simpática, y he pensado... ¿Es usted de aquí?

—Sí... Sí.

—Bien... Nada malo, de veras. Sólo una linda chica para charlar, dar un paseo, tomar unas copas y bailar...

—Ahora sí le comprendo, señor. Pero es imposible.

—¿Le resulto tan estúpido y desagradable? —Se compungió Ingram.

—No, no... Pero usted es un huésped del hotel, señor.

—¿Y los huéspedes de este hotel lo han de pasar fatal en Nassau?

—No... —rió ella—. ¡Claro que no!

—¿Entonces...?

—Lo siento, señor. Quizá en otra ocasión.

—Está usted siendo muy cortés, pero no piensa salir jamás conmigo... —Se entristeció aún más Ingram—. Bien, lo comprendo, no soy precisamente un tipo simpático.

Perdóneme, Jacobine.

Ella volvió a parpadear, desconcertada. Finalmente, sonrió, salió del cuarto de baño, y enseguida de la habitación, cerrando la puerta. Theodor Ingram sonrió secamente.

CAPÍTULO V

La morenita Jacobine salió del hotel, por la puerta de servicios, a las seis y veinticinco.

Recorrió la distancia por el callejón hasta Bay Street, a la cual daba la fachada del hotel, y, apenas había dado por allí media docena de pasos cuando la puerta de un coche se abrió, y Theodor Ingram apareció en la acera.

—¡Hola, Jacobine! —sonrió.

—¡Hola...! —sonrió ella—. Pensaba que estaría usted divirtiéndose por ahí.

—¡Ah...! ¿Quiere eso decir que ha pensado en mí?

—Sí... —titubeó Jacobine, antes de echarse a reír—. ¡La verdad es que sí!

—Magnífico. Mire, he alquilado un coche.

—Muy bonito —admitió Jacobine.

—Y tiene ruedas, y hasta motor. O sea, que funciona. ¿Vamos a probarlo?

Jacobine vaciló.

—Ya le dije que hoy no podía ser, señor.

—Me llamo Theodor, que tampoco está mal... —sonrió Ingram—. ¿Por qué no puede ser hoy?

—Tengo otro compromiso, lo siento.

—Bien... Entiendo. Permítame al menos llevarla. Sólo llevarla —alzó las manos—: luego me iré, palabra. Vamos, Jacobine, no sea cruel... ¿La llevo?

De nuevo vaciló Jacobine.

—Está bien —acabó por aceptar—, pero recuerde que sólo se trata de llevarme.

—Prometido —sonrió Ingram de oreja a oreja, con la expresión

más tonta que pudo conseguir—. Suba, por favor.

Y todavía estaba sonriendo de aquella manera tan tontísima, y sosteniendo la portezuela mientras Jacobine entraba en el coche, cuando detrás de éste se detuvo otro..., y a través del parabrisas, Ingram vio el estupefacto y pálido rostro de Lavinia Mitchell, fijos en él y muy abiertos los ojos. Ingram tuvo la sensación de que algo se había estropeado en aquel mismo instante. Cerró la portezuela, dio la vuelta al coche, y llegó al lado del volante cuando Lavinia salía de su coche, pálida, con la mirada baja. La estuvo mirando mientras ella cerraba el coche, y cuando subió a la acera, y pasó en dirección al hotel, con la mirada fija en el suelo, crispada la dulce boquita que la noche anterior había entregado años y años de soledad...

También Theodor Ingram estaba pálido, demudado. De pronto, suspiró profundamente, entró en el coche, y sonrió a la sorprendida Jacobine, que incluso se había inclinado en el asiento para ver su rostro, como esperando alguna explicación a su tardanza en sentarse ante el volante.

—Allá vamos —sonrió el espía.

—Allá..., ¿adónde? —rió ella.

—Adonde usted me diga. ¿Norte, sur, este u oeste?

—Al Norte no puede ser, porque iríamos directos al mar —se rió de nuevo la mulatita, que llevaba un vestido de minifalda rojo y escotado—. Iremos por Eastern Road, hacia Blackbeards Tower... ¿Sabe dónde es?

—Más o menos. He pedido un plano de la isla al conserje, y me parece que lo he comprendido. Hemos dicho Blackbeards Tower... ¿Qué hay allí?

El coche se puso en marcha, mientras Jacobine volvía a reír.

—Cerca de allí tengo un pequeño *bungalow*.

—¿De veras? —exclamó Ingram—. ¡Estupendo!

—¿Por qué?

—Pues... ¡Oh, bueno!; hemos convenido que hoy me limitaría a llevarla. Pero me pregunto si mañana... ¿Tiene usted música en ese lugar tan exótico?

—¡Naturalmente!

—Podríamos bailar... Yo llevaría el champaña. Y hasta podría comprar algunos discos de los más modernos. ¿Qué música le gusta

a usted con preferencia?

—Cualquier música que tenga un ritmo... adecuado. Quiero decir un ritmo caliente.

¿Me comprende?

—¡Vayaaaa! Pues compraré esa clase de música. ¿Sí?

—No sé... Mañana veremos. No, por ahí no, siga recto. Hay que ir siempre junto al mar. Si lo pierde de vista, es que ha equivocado el camino.

—No me sorprendería nada que pasase eso. A lo mejor, de pronto, nos encontramos en un lugar solitario, tranquilo, bajo la luz de la lima... No me sorprendería nada. Tenga en cuenta que casi es de noche, y que en esas condiciones es fácil que se pierda quien visita por primera vez la isla. ¿Qué le parecería si nos... perdiésemos?

—Si usted hace eso, no se acerque más a mí, Teodoro.

—*Okay, okay*, procuraré orientarme bien. Esta noche, nada. Pero mañana...

—Mañana será otro día —rió ella.

Estaban ya cerca de

Dick's

Point, y Theodor, de un golpe de volante, sacó el coche de la carretera, lo detuvo, y rodeó con sus brazos la cintura de la mulata, delgadísima y vibrante.

—Me vuelves loco cuando ríes... —jadeó—. ¡No me hagas esperar a mañana!

—Suélteme... Por favor, suélteme... Teodoro, tú también me gustas, pero hoy no puede ser, no puedo... atenderte. Mañana... Por favor, mañana...

Ingram levantó sus manos en una caricia larga y lenta, hasta llegar al rostro de Jacobine, que tomó entre sus dedos. La atrajo, y ella intentó resistirse..., hasta que la boca de él entró en contacto con la suya. Entonces, Jacobine permaneció inmóvil unos segundos. Luego, comenzó a corresponder al beso, mientras sus brazos rodeaban el cuello del espía... Aquel beso no era la entrega de muchos años de soledad en un suspiro, no... Era como un huracán, violento y desapacible, y Theodor se dio cuenta enseguida de la diferencia.

Separó tan bruscamente a Jacobine que ésta emitió un gritito de

sobresalto, y se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Mañana... —dijo él—. Si seguimos así, no podría esperar...

—Yo tampoco —murmuró ella, agitado el erguido busto.

—Será mejor... que sigamos nuestro camino. Pero —puso de nuevo el coche en marcha y salió a la carretera— me gustaría saber por qué no puede ser esta noche.

¿Otro hombre?

—Sí... ¡Pero no es lo que piensas!

—¿No? ¿Qué es, entonces?

—Negocios... Tengo que arreglar unos asuntos.

—¿Qué asuntos?

—No te interesarían... —susurró Jacobine—. Lo que te interesa de mí es otra cosa..., y ésa sí podré dártela. Me gustas de verdad, y si no fuese... No. Será mejor que esperemos a mañana. Lo siento.

—Está bien. Pero dime qué negocios pueden ser más importantes que el amor, Jacobine.

Ella tardaba tanto en responder, que la miró. Vio su rostro oscuro, el brillo de sus grandes ojos. Jacobine miraba hacia delante, y era evidente que no pensaba responder. Y ya no habló ninguno de los dos, hasta que ella alzó un brazo y señaló.

—Hacia la derecha ahora, por Fox Hill Road. Y luego a la izquierda. Ya verás el *bungalow* que está...

Siguiendo las indicaciones de la mulata Ingram condujo hasta un *bungalow* más bien pequeño, rodeado de palmeras y vegetación, al que se llegaba por un camino de tierra. Alrededor, pero bastante alejadas, se veían las luces de otras viviendas, como ojos amarillos en la ya cerrada noche.

—Aquí es —dijo ella—. Y ahora, por favor, vete.

—Estoy pensando —murmuró él— que mañana podrías entrar a arreglar mi habitación del hotel..., cuando yo aún estuviese en ella.

Jacobine se inclinó, lo besó en los labios de aquel modo caliente, como un vendaval incómodo y violento, y salió del coche. Ingram la vio correr hacia la cabaña, abrir la puerta, entrar... La luz se encendió. Entonces, dio marcha atrás al coche, maniobró, y emprendió el regreso.

Apenas había recorrido cien metros, cuando apagó todas las luces del coche, y lo apartó del camino, metiéndolo entre unos arbustos. Paró el motor, se apeó, y echó a correr hacia el *bungalow*,

por entre la vegetación. Cuando se detuvo entre unos arbustos, muy cerca de la puerta, pudo oír la música procedente de la cabaña iluminada. Se agazapó, y se dispuso a esperar. Sabía que alguien tenía que llegar a la cabaña, a recoger de manos de Jacobine el microfilme que ésta había recogido a su vez de la maleta de Lavinia.

Pero no.

No llegó nadie.

Fue todo lo contrario: la puerta del *bungalow* se abrió, y un hombre apareció en el coche, mirando hacia atrás. Saltó los dos escalones, y caminó apresuradamente hacia el sendero de tierra. Theodor Ingram tuvo una clarísima idea de lo que podía pasar: aquel hombre había estado esperando a Jacobine, tenía el microfilme, y ahora iba hacia donde tenía un coche, escondido, igual que había hecho él... Y si el coche de aquel hombre estaba muy cerca, y subía a él, escaparía antes de que él pudiese regresar al suyo y seguirlo.

Mala suerte..., para aquel sujeto, pues no podía permitir que la pista quedase cortada así, como era muy probable, Jacobine no sabía dónde localizar luego a aquel hombre para el cual trabajaba. Debía ser así, pues de otro modo, ella habría ido a llevar el microfilme en lugar de ser aquel hombre quien fuese a recogerlo. Todo era perfecto, eficiente, impecable..., pero ya estaba durando demasiado, la cadena estaba resultando demasiado larga.

El hombre salido del *bungalow* lanzó un respingo cuando el agente de la CIA apareció de pronto ante él, como una sombra más. Su boca se abrió, sus facciones se crisparon..., y su mano derecha fue hacia el sobaco ¡*Crack!*!, restalló el puño derecho de Ingram en la barbilla del hombre. Y éste salió despedido violenta mente hacia atrás, rodó sobre su espalda y nuca, y se puso en pie, sacando la pistola, aunque tambaleándose semiaturdido... Para entonces, Theodor Ingram estaba ya en el aire, en un salto escalofriante de *tae kwan do*. Pareció quedar suspendido delante del hombre, a la altura, de su pecho, y su pierna derecha lanzó la escalofriante patada, que alcanzó al otro en la frente, produciendo un chasquido seco, como el de una rama al romperse. Cayó hacia atrás, y ya no se movió.

Ingram había caído de pie, como un felino, y sus piernas se prepararon para un nuevo salto, sus brazos se distendieron, sus puños se cerraron fuertemente... Estuvo tres o cuatro segundos así,

inmóvil en la guardia oriental, comprendiendo que la pelea había terminado.

Y del todo.

Cuando se inclinó sobre el hombre vio su frente hundida, y comprendió que lo había matado. Lo cual no había pretendido expresamente, desde luego, pero, con sinceridad, se dijo que quizá por simple instinto de conservación, había golpeado demasiado fuerte. Su vida o la del otro.

Estuvo arrodillado junto al cadáver unos segundos. Su vida o la del otro... Y ciertamente: ¿cuál era el objetivo de su vida? ¿Se cumplía el propósito por el que había sido creado cuando mataba a otro espía?

Una vez más, como desde hacía mucho tiempo, se sintió terriblemente solo, terriblemente amargo, terriblemente triste. Su vida o la del otro. Una buena pregunta era: ¿cuál de las dos vidas valía más, realmente?

Asió al hombre por el cuello de la chaqueta, y lo arrastró hacia el *bungalow*. Lo colocó boca arriba en el porche, y, mientras lo registraba, oía la música alegre, salvaje, dentro de la cabaña. Seguramente, Jacobine estaba moviendo su felino cuerpo al son de aquella música, preparándose la cena y bailando, ignorante de que a muy pocos metros de ella, una vida había llegado a su fin por la violencia. Mata o muere.

El hallazgo del pequeño microfilme en la billetera del hombre muerto, no produjo la menor satisfacción a Theodor Ingram. Se sentía vacío y desilusionado. Había recuperado el microfilme, quizá consiguiese hacer hablar a Jacobine sin recurrir a métodos excesivamente brutales; posiblemente, terminaría aquel trabajo deteniendo Lavinia, que sería condenada a muerte, o a cadena perpetua. Y luego, ¿qué?

«Luego —pensó— seguiré sin tener mi jardín en alguna parte».

Se puso en pie, tocó la puerta, y la empujó cuidadosamente cuando cedió. Entró en la cabaña, y vio el tocadiscos, oyó la música más fuerte. La canción era cubana, y entendió perfectamente la letra:

Mueve la cintura, negra, con esa finura, negra, con esa finura, negra, mueve la cintura, negra...

Tu negra cintura, negra, que me vuelve loco, negra, que me vuelve

loco, negra, tu negra cintura, negra...

Estaba ya en el umbral de la cocina, mirando el cuerpo de Jacobine, tendido en el suelo, cara al techo. Tenía los ojos desorbitados, tan aterrados como si estuviese contemplando el horrendo tajo que la había degollado.

... cuando te meneas, negra, tan ardiente y dulce, negra, tan ardiente y dulce, negra, cuando te meneas, negra...

En el fregadero vio el cuchillo de cocina, ensangrentado. Se acercó, lo miró, y encogió los hombros. Sí, por supuesto, podían obtenerse huellas digitales, pero no servirían de más de lo que podía servir el hombre muerto que había en el porche. Total, que había perdido la pista. Es decir, que solamente volvía a disponer de Lavinia, Y quizá ella no supiese nada, quizá su trabajo terminase llevando el microfilme a Nassau, hasta que lo recogieran, y no supiese nada más de nada.

Así se hacen las cosas en espionaje.

Estuvo casi un minuto contemplando a Jacobine, que había caído en tal postura violenta que el seno derecho le salía casi completamente por el gran escote en punta.

Tenía que preguntarse por qué la habían matado, y forzosamente tenía que hallar la respuesta: porque se habían dado cuenta de que él había provocado un contacto tan estúpido que no podía ser cierto. Entonces, pensando que él no era un estúpido, pasaron a lo opuesto: un profesional del espionaje que se había dado cuenta de algo.

¿Y quién le había visto en el coche con Jacobine? Respuesta: Lavinia Mitchell.

Seguramente había telefoneado a aquel hombre, y éste había degollado a Jacobine. Y luego, había salido tranquilamente del *bungalow*, caminando hacia el sendero. Otra pregunta: si aquel hombre sabía que el americano del hotel George V había llegado con Jacobine, puesto que debía haberlos visto llegar desde la cabaña..., ¿por qué había salido tan confiado después de matar a la mulatita? Tenía sentido asesinar a ésta para cortar toda posible pista que él, Ingram, hubiese facilitado a la CIA, señalando a la muchacha. Pero... ¿le dejaban a él marchar tan tranquilo, sabiendo que sabía ya demasiado? Esto no tenía sentido. Pero aquel hombre había salido muy tranquilo de la cabaña... ¿Acaso no se le había

ocurrido pensar que el americano volviese para vigilar la cabaña de Jacobine? Imposible.

Simplemente, esperaba que el americano *no pudiese volver*. Y muertos Jacobine y el americano Ingram, la CIA volvería a encontrarse de nuevo solamente con la pista de Lavinia Mitchell, que, si bien se pasaría el resto de su vida en la cárcel, no debía poder delatar a nadie...

Miró a Jacobine por última vez, moviendo la cabeza.

—De veras lo siento, Jacobine —susurró.

Y salió de la cocina.

CAPÍTULO VI

Cargado con el cadáver de aquel hombre, se había deslizado por entre los arbustos, tan sigilosamente, que ni un gato podría haberlo hecho mejor. Por fin, llegó a un punto desde el cual veía el coche, reflejando la luz de la luna y de las estrellas en las ventanillas y en la carrocería. El silencio era total.

Con todo cuidado, colocó el cadáver ante él, sosteniéndolo por los sobacos, en pie, lo tiró hacia delante, con toda su fuerza, haciéndolo aparecer por encima y entre los arbustos. Y al mismo tiempo, se acuclillaba y sacaba la pistola.

Perfecto.

Por delante de él, entre los arbustos que habían cerca del lado izquierdo del coche, chascaron dos pistolas a la vez: «Plop, plop, plop, plop...», y detrás de los arbustos brillaron los rojizos fogonazos. El cadáver del hombre giró en el aire al recibir las balas, y cayó pesadamente a poca distancia de Ingram, mientras éste, a su vez, disparaba hacia aquellos arbustos tan fugaz e intensamente iluminados en rojo: «Plop, plop, plop...».

Oyó el grito de dolor mientras saltaba hacia un lado, abandonando su posición, que sus fogonazos habían delatado. Rodó, se puso de rodillas, y volvió a disparar, aunque esta vez sin tanta seguridad respecto a la dirección en que debía hacerlo.

«Plop, plop, plop...».

Esta vez no oyó la exclamación de dolor. Sólo un respingo y enseguida el rumor de los matorrales al ser movidos ya sin cuidado alguno. Mientras tanto, cambiaba de nuevo de posición. Otra vez de rodillas, se quedó inmóvil, atento, en tensión los nervios, esperando...

Silencio.

Silencio. Silencio, silencio, silencio...

Y de pronto, el rugir de un motor al ser puesto en marcha, calculó que a unos cien metros o más.

Ingram se puso en pie de un salto, pasó corriendo por encima del cadáver, se metió en el coche ante el volante, y dio el encendido. Puso la marcha, apretó el pedal del gas..., y el coche se movió apenas un palmo, con gran dificultad. Dios más gas, pero el coche sólo hizo que arrastrarse algo más de un metro; parecía estar anclado. Salió, y fue a mirar la rueda trasera izquierda, que estaba completamente baja. Y lo mismo ocurría con la rueda trasera derecha.

El agente de la CIA lanzó una maldición, y salió corriendo al sendero dé tierra, alzando la pistola, apuntando ya en dirección a Fox Hill Road... Pero ni siquiera se molestó en disparar cuando vio, a lo lejos, justo un instante antes de que desapareciesen, las luces rojas, brevísimas, de un frenazo. Luego, ya no vio nada..., pero estuvo oyendo el motor de aquel coche todavía unos pocos segundos.

Refunfuñando otra maldición, Ingram regresó junto al coche, y se quedó mirando hoscamente la rueda, naturalmente, reventada de un balazo.

Por eso el asesino de Jacobine había salido tan tranquilo del *bungalow*: sabía que cuando él retrocediese para dejar el coche escondido y volver, dos amigos suyos le estarían esperando, para acribillarlo, y debía considerarlo ya muerto. Pero, él había escondido el coche antes de llegar adonde le esperaban dentro del suyo para acribillarlo cuando pasase, y los otros dos, en lugar de seguir esperando allí, habían comprendido que él había escondido su coche más cerca de la cabaña. Así que habían ido hacia allí, habían visto el coche, le habían reventado las ruedas por si acaso, y le habían esperado...

Y pese a su treta, al sospechar algo así, no había podido cazar a ninguno de los dos.

De pésimo humor, sacó la radio de bolsillo.

—Ernest —masculló.

—¿Qué hay? ¿Dónde estás, Ingram?

—En el maldito infierno, maldita sea mi estampa... Tenéis que venir a buscarme uno de vosotros. Y el otro que se quede ahí: bajo

ningún concepto hay que perder de vista a Lavinia Mitchell.

—No te preocupes por eso. ¿Dónde estás?

CAPÍTULO VII

—Para aquí mismo —murmuró Ingram—: es mejor que no nos vean juntos, si podemos evitarlo. Iré a pie hasta el hotel, desde aquí.

Ernest detuvo el coche junto al bordillo, cerca del cruce de Bay Street y Mockey Street.

—Lo siento, pero tengo que admitir que me he equivocado con esa mujer —admitió de mala gana—. Parece que solamente ella pudo avisar a esos tipos de que estabas con la mulata... ¿Qué vamos a hacer ahora?

—No lo sé, aún. Tengo el microfilme, pero nada más. Luego, cuando alguien encuentre el cadáver de Jacobine, las cosas se van a complicar mucho para mí, pues otras personas debieron verme con ella cerca del hotel, además de Lavinia...

—Los nuestros de Nassau arreglarán eso, no te preocupes. Lo que debe preocuparnos es nuestra... actitud con respecto a la señorita Mitchell. Tal como están las cosas, yo creo que ya le hemos dado demasiada cuerda.

—¿Estás sugiriendo que vayamos directos al grano, que la abordemos ya directamente?

—¿Qué otra cosa se puede hacer? No me parece razonable que ella tenga contacto con nadie aquí, en Nassau. Fíjate en la cautela con que se ha dado curso al microfilme: llega una camarera del hotel, se lo lleva, se dan cuenta de algo, y quieren matarlos a los dos. Tenemos el cadáver de la mulata y el de ese tipo con documentación inglesa a nombre de Stanley Roark. El no puede decir nada, la mulata tampoco, los otros dos tipos se escaparon... ¿Qué nos queda sino la señorita Mitchell? Seguramente, no sabe nada. Incluso es posible que ni siquiera conociese a Jacobine...

—Eso no. ¿Por qué habría de avisar a los otros tres, entonces?

¡Por el cielo, somos un par de cretinos, Ernest! ¡Si ella avisó a los tres...!

—... ¡Es que sabe dónde y cómo encontrarlos! —Casi gritó el otro agente de la CIA.

—Maldita traidora... ¡Llévame ahora mismo directo al hotel! ¿Qué demonios importa ya que nos vean juntos? ¡Ella va a tener que...!

«Tiiit, tiiit, tiiit», sonó la radio de bolsillo de ambos a la vez.

—Es Dexter —dijo Ernest—: yo contesto. ¿Dexter?

—Ernest, hay que avisar enseguida a Ingram: la chica ha salido del hotel con dos tipos, se ha metido con ellos en un coche, y se ha largado.

—¡Que se ha largado! —aulló Ernest—. ¿Qué quieres decir con eso?

—La estoy siguiendo.

—¡Ah! —Ernest lanzó un suspiro; de pronto apareció en su rostro un gesto de alarma—. ¿La estás siguiendo? ¿Y cómo, si yo tengo el coche?

—Recurso vulgar de policía: he tomado un taxi.

—¿Y el taxista te está escuchando?

—Claro.

—Está bien. Ingram está conmigo, ahora. Dime hacia donde vais.

—Estamos ahora en Farrington Road, cerca del Lake Cunningham. Si no recuerdo mal, ahora viene una bifurcación: a la derecha, Interfield Road, y a la izquierda Gladstone Road. Poneos en marcha hacia aquí, y ya os iré dando indicaciones.

—Salimos ahora mismo. Te alcanzaremos pronto... Dexter: ¡no la pierdas de vista!

—Tranquilo. Saludos a Ingram.

Éste, que estaba escuchando la conversación, se limitó a medio sonreír, y a preguntar a Ernest en cuanto cerró la radio:

—¿Qué ha estado haciendo Lavinia Mitchell durante el día de hoy?

—¡Ah, sí! Con eso de la mulata lo estábamos dejando de lado. Bien: ha pasado todo el día en una villa al otro lado de la isla, junto a la playa. Por cierto que sabemos a quién pertenece, y bastantes cosas de esas personas.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso son muy... conocidas?

—No exactamente. Verás lo que hicimos: yo me quedé vigilando cerca de allí, y Dexter se vino a Nassau en *auto-stop*..., por cierto, según me contó luego, con dos bombones estupendos que iban en un descapotable que...

Ingram soltó un gruñido:

—Está bien, Ernest: no me interesan esos detalles... ¿Qué habéis sabido de esas personas de la villa?

—Muchacho, eres demasiado serio. Pero en fin, allá va. La villa pertenece a una familia llamada Cavendish, que hace irnos años reside en Nassau; aunque son norteamericanos. Tienen algunas plantaciones y negocios de importación de productos fotográficos de Estados Unidos. Les va considerablemente bien Al parecer, son personas solventes, con gran crédito, buenos amigos... Tienen una hija de unos diez años, o nueve... Algo así. La señorita Mitchell...

—Una niña de ocho o diez años... Bien, la muñeca debía ser para ella.

—¿Qué muñeca?

—La que compró Lavinia ayer.

—¡Ah! Pues sí, es más que probable, claro. Bien, como te decía, la señorita Mitchell se ha pasado el día en esa villa. La he estado viendo con frecuencia con los prismáticos... Incluso he tomado algunas fotografías con teleobjetivo: será sensacional verla en bikini.

—¿En bikini?

—Estuvo nadando en la playa, y tomando el sol. Iba con la niña, y con otra mujer, también muy atractiva... Supongo que sería la señora Cavendish. Bueno, en realidad no hay más que decir: un día muy apacible de sol y de mar, juegos con la niña, paseos... Ah: tienen una pista de tenis. La señorita Mitchell estuvo jugando un par de sets con la niña; se reía mucho, y la niña parecía pasarlo estupendamente con ella. Ya verás las fotografías.

—Serán muy útiles. Cavendish, ¿eh? Bueno, es más que posible que en nuestros archivos, o en los del FBI, contemos con alguna información interesante sobre esas personas.

—Quizá —encogió los hombros Ernest—. Pero ya te digo que los informes que ha conseguido Dexter en Nassau...

—En Nassau pueden ser excelentes personas, y haber sido antes

en Estados Unidos gente de poca confianza.

—No digo que no. Demonios, Ingram, ¿qué te pasa? Parece que estés haciendo de esto una cuestión personal. Estás... irritado. Y teniendo en cuenta tu expediente, no deberías alterarte por nada.

—Tienes razón —musitó Theodor.

Quedó sumido en hosco silencio. Sí, Ernest tenía razón: parecía que estuviese haciendo de aquello una cuestión personal, no lo estaba afrontando con su habitual frialdad. Y cuando llegó a la conclusión de que su actitud era debida a los besos de Lavinia Mitchell, tan diferentes a los de Jacobine, por ejemplo, se sintió todavía más irritado y desdichado. Es la parte verdaderamente mala de la profesión de espía: se trata con otros espías, no con gente apacible y que no tiene nada que ocultar... Mala suerte.

Las radios de ambos volvieron a sonar, y esta vez atendió él la llamada, mientras Ernest dedicaba toda su atención, a la ruta.

—¿Sí?

—Hola, Ingram: decididamente, van por Interfield Road.

—De acuerdo, iremos nosotros también por ahí.

—Vale.

Ingram cerró la radio, y la guardó, mirando a Ernest, que asintió con la cabeza; naturalmente que lo había oído.

Sí... Es lo malo de ser espía. Ya le había pasado la primera vez, con María Amparo: el primer amor verdadero. ¿Podía existir un segundo amor verdadero? Y esta pregunta hecha a sí mismo, le dejó aún más anonadado: ¿estaba pensando en Lavinia en términos de amor? Cerró los ojos, esforzándose por apartar algunas imágenes de su mente, algunas sensaciones... Pero era inútil. Todavía le parecía sentir en su mano el contacto de la espalda de Lavinia, de seda cálida. Y el de su mano. Y el de su mejilla cuando la unió a la de él para susurrar: «¿Qué quiso decir con lo del bello jardín en alguna parte...?». Después la había besado, y ella había acariciado su rostro mientras su aliento parecía escapar con fuerza, pero dulcemente...

«Tiiit, tiiit, tiiit...».

—¿Sí?

—Ingram, se han detenido ya. Han parado el coche, y han apagado todas las luces...

—Cuidado —respingo Ingram—: ¡puede que te hayan visto y te estén preparando...!

—No. No hay trampa. Están delante de una cabaña, y se han apeado los tres. En la cabaña hay luz, así que debe haber alguien que los está esperando... Ya han entrado, los tres: los dos tipos y Lavinia Mitchell.

—Está bien. No hagas nada, Dexter. ¿Cómo llegamos hasta ahí nosotros?

—Seguid lentamente por Interfield Road: os saldré a pie al camino.

—Bien.

Apenas tres minutos más tarde, Dexter apareció de lleno a la luz de las luces cortas del coche, alzando un brazo. Ernest detuvo el coche junto a él, y Dexter entró, al asiento de atrás.

—¿Y el taxi? —preguntó Ingram.

—Lo he despedido. ¿Qué te pasó, Ingram?

—Luego te lo contaré. Guíanos hacia esa cabaña.

Bajo las indicaciones de Dexter, Ernest condujo el coche por un estrecho camino de tierra, y poco después veían la cabaña, que estaba casi al borde del Lake Cunningham.

Efectivamente, se veía el coche delante de la cabaña, y había luz en ésta.

—La gran reunión —murmuró Ingram—. Está bien claro que ella sabía..., o creía que yo ya no podría volver, y aprovechó la ocasión para llevar a cabo una conferencia de urgencia.

—Debe estar muy inquieta —aceptó Ernest.

—Podemos darles una sorpresa —sugirió Dexter.

Ingram movió negativamente la cabeza.

—No sabemos cuántos hombres más pueden haber ahí. Y por otra parte, quizá ella esté sobre aviso respecto a mi supervivencia. Es posible que esos dos tipos sean los que quisieron matarme junto al coche, y en tal caso le habrá dicho que no pudieron acabar conmigo, y que continuó con vida.

—Total —refunfuñó Ernest—, que la señorita Mitchell sabe ya que le hemos descubierto el juego. Por lo tanto, se apresurará a desaparecer, no se atreverá a volver a Washington.

—Volverá... —dijo duramente Ingram—, para pasarse el resto de su vida en la cárcel.

Y quizá con un poco de suerte la condenen a muerte.

Ernest y Dexter se limitaron a mirarlo, y luego cambiaron una

mirada entre ellos.

Ingram se dio cuenta, y bajó la cabeza... Sus compañeros tenían motivos para mirarse.

Se daban cuenta de que él estaba odiando a Lavinia Mitchell. Y era cierto. La estaba odiando por su traición a Estados Unidos, pero la estaba odiando aún más por *sentir* aquello hacia ella...

—Bien... —murmuró Dexter—, ¿qué hacemos?

—Necesito un destornillador, o algo así —pidió Ingram.

—Creo que hay uno en la guantera —señaló Ernest.

Theodor lo encontró, y salió del coche.

—Voy a devolverles una fea jugada: les pincharé dos ruedas del coche, y así nos aseguraremos de que no podrán escapar. Vosotros permaneced ocultos. Intentaré oír algo, y ya veremos lo que conviene hacer.

Se dio cuenta de que Ernest y Dexter vacilaban, pero ninguno de los dos dijo nada.

Estaban trabajando como apoyo y cobertura, era él quien dirigía aquella misión. Y de todos modos, la idea de inutilizarles el coche no era mala.

Se alejó del coche, por entre los arbustos, guiado infaliblemente por la luz de la cabaña. Tardó menos de dos minutos en llegar junto al coche, estacionado de frente con respecto a la cabaña. Se acuclilló, apoyó la punta del destornillador en el neumático, y apretó con la palma de la mano en el extremo del mango, con toda su fuerza.

«¡Fffsssss...!», hizo el neumático, deshinchándose rápidamente.

Pasó al otro lado, apoyó la punta del destornillador en aquella rueda..., y cuando se disponía a apretar, captó algo a su izquierda y por detrás de él. Quiso volverse, alzar el destornillador para defenderse..., y fue entonces cuando recibió el golpe en un lado de la cabeza, que se llenó de millones de lucecitas de todos los colores. Chocó de cara contra la rueda que había pretendido pinchar, cayó hacia atrás, y cuando intentaba incorporarse, un pie cayó sobre su estómago, dejándole sin aliento y prácticamente desvanecido. Oyó voces, le pareció que una sábana hecha de luz caía sobre su rostro, y supo que alguien le estaba quitando la pistola... Pero no conseguía moverse. Le zumbaban los oídos, le parecía que el estómago le subía por el pecho hasta la boca...

Y, de pronto, nada. Oscuridad y paz.

CAPÍTULO VIII

Pero comprendió enseguida que apenas debía haber estado un minuto sin conocimiento, porque cuando lo recuperó, acababan de arrastrarlo y lo colocaban en una silla, que crujió bajo su peso, como a punto de romperse.

Sacudió la cabeza, y gimió cuando tuvo la sensación de que le iba a saltar en pedazos.

Pero la visión se aclaró. Entonces, vio a un hombre, de pie ante él, mirándolo fríamente.

Era un sujeto rubio, pecoso, más bien gordito, de buena estatura... Tenía los ojos tan claros y tan fríos como las aguas de un lago cuando se hielan. Al lado de este hombre, había otro, que tenía una mancha de sangre en el costado derecho, y que le miraba con manifiesta hostilidad. Theodor Ingram supo enseguida que aquel hombre era el que había escapado herido de la emboscada que le habían tendido a él.

Los dos que le habían arrastrado se colocaron ante él, después de dejarlo en la silla.

Bien... Uno de ellos debía ser el compañero de emboscada del herido. El otro, para su desgracia, se había quedado afuera, vigilando... y él había caído como un novato. Pero la culpa no era de él. Ni de Dexter, naturalmente, pues éste simplemente, sólo había visto llegar allí a los dos tipos con Lavinia, y entrar en la cabaña. Luego, había salido a la carretera al encuentro de él y de Ernest, así que no había podido darse cuenta de que afuera colocaban un hombre de vigilancia.

Pero... ¿dónde estaba Lavinia?

Movió la cabeza, y la vio.

Estaba sentada en otra silla, y la boca de Ingram se plegó en un

gesto de sobresalto cuando comprobó su estado. Tenía el vestido desgarrado en varios puntos, de modo que mostraba en abundancia su piel de seda... De seda. Estaba muy despeinada, y en su rostro se veían señales de golpes. Un hilillo de sangre salía de un lado de la boca de Lavinia Mitchell, y caía por la barbilla y el cuello... Ella le miraba fijamente, muy abiertos los ojos, evidentemente asustada.

Y tras el sobresalto, Ingram experimentó el desconcierto. ¿La estaban maltratando?

¿Qué ocurría allí?

Su mirada volvió hacia el hombre de los ojos color hielo... Unos ojos tan helados como la sonrisa del rubio y desconocido personaje.

Éste tenía en sus manos el pasaporte de Theodor, al que acababa de echar un vistazo. El tono de su pregunta no pudo ser más sarcástico:

—¿De verdad es usted profesor de Historia, señor Ingram? ¿O éste es uno de los pasaportes especiales que la CIA confecciona para sus agentes? Auténtico en cuanto a su confección, pero falso en cuanto a su contenido... De tal modo, que quizá ni siquiera se llama usted Theodor Ingram. ¿Qué me contesta?

El espía se pasó la lengua por los labios.

—Es mi verdadero nombre —musitó.

—Pero no es profesor de Historia, ¿verdad?

—Sí, lo soy.

El rubio le obsequió con una sonrisa congelada.

—Muy bien... Profesor de Historia, de acuerdo. ¿Conoce a la señorita Mitchell? —señaló a Lavinia.

—Si.

El rubio abrió la boca, pero el sujeto herido en el costado se inclinó hacia él, y musitó unas palabras junto a su oído. Pareció que el rubio se inquietaba, y volvió a mirar fijamente a Ingram.

—Mi amigo Kent me ha sugerido que le haga una pregunta realmente interesante: ¿Cómo ha podido encontrarnos? Porque según las últimas noticias, usted se quedó sin coche cerca del *bungalow* de la infortunada Jacobine, ¿no es así? Entonces..., ¿cómo ha podido seguir a Kent y a Watkins?

—Corrí hacia Fox Hill Road, pasó un coche, y lo detuve... Lo conducía una mujer. Le pedí que me permitiese utilizar su coche, y pude colocarme detrás del de ellos dos.

—Qué mentira tan espantosamente idiota... —dijo el rubio—. No pretenderá que le creamos, señor Ingram.

—Hagan lo que gusten. No tengo otra explicación.

—Bien... ¿Y esa mujer, con su coche..., dónde está ahora?

—De vuelta a Nassau. Le di las gracias y le dije que ya no la necesitaba.

—Fantásticos. Y entonces vino usted aquí, dispuesto a dejarnos el coche inservible..., ¿y qué más?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? Bueno, de todos modos, ha hecho usted cosas ciertamente notables para ser un pacífico profesor de Historia, ¿no le parece? Le diré algunas cosas más, y ya veremos si luego insiste en esa tontería. Veamos... La señorita Mitchell llega a Nassau una vez más, y hace algo que jamás había hecho antes: acepta la compañía de un hombre. Me refiero a usted, claro. ¿Por qué la señorita Mitchell acepta, por primera vez, la compañía de un hombre?

—Eso lo debe saber ella, no yo.

—Me parece haber entendido ya que la señorita Mitchell no sabe nada de nada. Lo único que ha podido decirnos de usted es que le pareció sospechoso su acercamiento, y que pensó que era usted un agente secreto ruso.

—Soy profesor de Historia.

—Escuche lo que ha hecho un profesor de Historia, señor Ingram: llega pisándole los talones a la señorita Mitchell, se aloja en su mismo hotel, consigue intimar con ella, aborda a Jacobine, persiste en acompañarla, la lleva a su domicilio, simula que se va con su coche, pero vuelve a tiempo de ver salir del *bungalow* de Jacobine a uno de mis amigos, Stanley Roark, y lo mata; luego, encuentra el cadáver de Jacobine, y piensa tanto y tan bien, que comprende que le han tenido que tender una trampa; así que, después de quitarle a Roark cierto microfilme, se lo lleva hasta su coche, y lo hace salir de entre los arbustos, engañando así a Kent y Watkins; dispara contra ellos, hiere a Kent, los pone a los dos en fuga... Luego, echa a correr hacia Fox Hill Road, para un coche, se hace dueño de él, y consigue seguir a mis hombres hasta aquí..., de tal modo que cuando llegamos Preston y yo con la señorita Mitchell, ya está escondido, y nos ve llegar, sabiendo que Kent y

Watkins ya están en la cabaña... Luego, se acerca, esta vez un tanto precavidamente, pero no lo suficiente, y se propone devolver la jugada, pinchando las dos ruedas traseras, de uno de nuestros coches, y posiblemente, luego, las del otro, que está en la otra parte de la cabaña... También, ese profesor de Historia lleva una pistola, un paquete de cigarrillos que contiene una radio de bolsillo..., y, por último, no parece demasiado asustado. Señor Ingram: ¿creería que un hombre que ha hecho todo eso es un apacible profesor de Historia?

—No.

—Yo tampoco. Le diré ahora lo que hemos hecho nosotros... Cada vez que la señorita Mitchell viene a Nassau, la... controlamos; usted entiende lo que eso quiere decir, sin duda. Hasta el momento, no ha habido contratiempos. Pero, esta vez, llega usted, lo vemos con ella, se aloja en el mismo hotel, salen por la noche... Por lo tanto, nos dedicamos a vigilarlo. Y muy especialmente cuando Jacobine nos avisa de que el tal Theodor Ingram ha hecho contacto con ella de un modo... tan grosero y estúpido, que no puede ser cierto. Entonces, Jacobine recibe instrucciones concretas por teléfono: debe aceptar que usted la acompañe...

—¿Quiere decir que ella sabía que me querían matar?

—Naturalmente, señor Ingram. Y era ella quien tenía que llevarlo al matadero.

—Ya no se puede sentir compasión por nadie —dijo fríamente Ingram.

—Eso es cierto. Bien, como le explicaba, le decimos a Jacobine que retenga el microfilme, que realice su jornada normal, como siempre, y que, si usted insiste, se deje acompañar. Si, por ejemplo, usted hubiese entrado en su *bungalow*, Roark se habría encargado de usted. Pero, al parecer, Jacobine prefirió no manchar su vivienda con sangre, así que se las arregló para que fuese Watkins y Kent quienes se encargasen de usted, y entró en su casa, para entregarle el microfilme a Roark, que tenía instrucciones concretas respecto a la pobre muchacha. Pero, entiéndalo, no podíamos correr el riesgo de que usted hubiese facilitado el nombre de ella a otras personas, y, por medio de ella, hubiesen llegado hasta nosotros. Así que había que eliminarla también... A ella y a usted. Pero, he aquí que cuando estoy esperando noticias del resultado de estas gestiones, Kent y

Watkins me llaman: algo ha salido mal. Entonces, me voy con Preston al hotel George V, pido ver a la señorita Mitchell, y ésta accede. ¿Sabe por qué, señor Ingram?

—No.

—Porque le decimos que somos de la CIA. Y ésa parece la palabra mágica, como esperábamos. Así que, engañada, la traemos aquí y le preguntamos qué está ocurriendo esta vez. Ella dice que no sabe nada, excepto que creía que usted era un agente ruso y que por eso pidió ayuda a la CIA, motivo por el cual cuando nosotros quisimos verla accedió enseguida, pensando que éramos enviados de esa organización. Ahora, la señorita Mitchell ya está desengañada al respecto, sabe positivamente que no somos de la CIA. Pero ustedes dos sí lo son, aunque en diferentes, grados o actividades. Ella está en el Departamento Indirecto de Instrucciones; usted, en el Grupo de Acción...

¿Correcto, señor Ingram?

—Soy profesor de Historia.

—Déjame a mí, Clifford —dijo el herido Kent—, y ya verás cómo le hago...

—¿Para qué perder el tiempo con eso? Sabemos que el señor Ingram es de la CIA. Un agente de los buenos, lógicamente... Señor Ingram: ¿qué han estado tramando la señorita Mitchell y usted? ¿Ella se ha dado cuenta de algo y avisó a la CIA?

Theodor tenía la sensación de que el corazón se le estaba empequeñeciendo, estrujando, comprimiendo de tal forma, que incluso le dolía. ¿Aquella gente creía que Lavinia había avisado a la CIA? Entonces..., ¿todo aquello no era un truco? ¿Realmente habían estado golpeando a Lavinia... lo cual significaba que no formaba parte de aquel grupo...?

—No entiendo de qué habla —susurró.

El rubio Clifford entornó los ojos, y ladeó la cabeza. Durante unos segundos, permaneció así, contemplando fríamente al agente de la CIA. Luego, de pronto, sonrió de un modo escalofriante.

—Se lo explicaré, señor Ingram. Nosotros tenemos en el Departamento indirecto de Instrucciones, el DII, ¿comprende?, un... proveedor de informes respecto a todo lo que se trama allí. Periódicamente, esto es, cada vez que la señorita Mitchell viene a Nassau, ese proveedor, nos envía un microfilme, siempre en el

mismo sitio...

—¿Bajo la correa de una de las maletas de la señorita Mitchell?

—Exactamente. Celebro que vaya entrando en razón...

—¿Y qué hacen ustedes con esa información?

—La vendemos, naturalmente.

—¿A quién?

—A quien mejor la paga... —rió Clifford—. Casi siempre, a varios servicios de espionaje a la vez. Le aseguro que este procedimiento es una mina de oro, señor Ingram.

—De la cual se lleva un buen filón su proveedor del DII.

—Por supuesto. El coloca el microfilme en la maleta de la señorita Mitchell, y nos avisa cada vez que ella sale de viaje. La esperamos, la controlamos, vemos que todo va bien, y cuando Jacobine se dedica a su trabajo de ordenar las habitaciones, recoge el microfilme y nos lo entrega. Así de fácil y bien organizado. Siempre ha salido todo estupendamente..., menos esta vez. ¿Por qué, señor Ingram? ¿Quizá la señorita Mitchell descubrió el juego y los avisó a ustedes, a los de Acción? ¿Y en definitiva..., conocen ustedes la personalidad de nuestro proveedor?

—Sí.

—¡Oh...! ¿Quién es?

—No tengo por qué decirlo.

—Increíble respuesta. ¿De verdad conocen ustedes, por medio de la señorita Mitchell, el nombre de nuestro proveedor, y, en definitiva, de nuestro jefe?

—Sí.

—¿Y no lo han detenido? ¿Por qué?

—Porque no queríamos alarmar a sus cómplices de Nassau, es decir, a ustedes, para atraparlos a todos.

Kent lanzó una exclamación:

—¡Matémoslos a los dos y larguémonos, Clifford! ¡La CIA...!

—No seas estúpido... —Gruñó Clifford—. ¿No comprendes que está mintiendo, que quiere asustarnos? No saben nada de nada: sólo han podido saber, aunque no sé cómo, que había una filtración de informes desde el DII. Sólo eso. ¿Verdad, señor Ingram?

¿Sólo eso? Ustedes supieron eso, se enteraron de que la señorita Mitchell hacía frecuentes viajes a Nassau, y se colocaron a rueda tras ella. ¿Cierto? No saben nada, sospechaban de ella, y le enviaron

a usted para que la vigilase... ¿Verdad, señor Ingram?

¿Verdad?

—No. Y sepa una cosa —amenazó Ingram—: si cada veinticuatro horas yo no llamo a cierto número de Washington, el traidor será detenido.

—¡Oh...! ¡Es usted muy listo, señor Ingram!

—¿Por qué se lo parezco?

—Lo que usted quiere es que yo llame a mi jefe, y le diga que está descubierto. De tal modo que, precisamente al intentar huir, sería cuando quedaría identificado y lo cazarían, ¿no es así? Pero, no haré semejante cosa. Le diré por qué. En primer lugar, porque él me tiene prohibido severamente que realice ninguna clase de contacto; todo lo que tengo que hacer es esperar su aviso de que la señorita Mitchell viene a Nassau: un simple telegrama, puesto cada vez en estafeta diferente, y claro está, con nombre falso, y en el que inserta cualquier frase normal que a nadie llamaría la atención. Por ejemplo: «Aceptado el negocio partiré para ahí pasado mañana». Cosas así. Nosotros esperamos a la señorita Mitchell, recogemos el microfilme, ella regresa, y él sabe que todo ha ido bien, como siempre. No, señor Ingram, nada de llamadas. ¿Para qué?

Cuando él vea que la señorita Ingram no regresa esta vez, comprenderá..., y sabrá arreglárselas. Ya no hará nada, no enviará más microfilmes, pero, lógicamente, el negocio ha terminado, por ahora. Cuando la señorita Mitchell no regrese, la CIA pensará que ha escapado después de matarle a usted. Y así lo creerán por los siglos de los siglos, y jamás la encontrarán a ella ni a usted... ¿Me comprende?

—Sí. Nos van a matar a los dos.

—En efecto. Pero antes, quiero estar seguro de que nuestro jefe no ha sido descubierto, pues eso sería peligroso no sólo para él, sino para nosotros, los que estamos en Nassau. ¿Verdad que no ha sido descubierto?

—Sí.

—Bien... ¿Quién es?

—Lo sabrá cuando lo detengamos.

—¿Quiere ponerse en pie, por favor, señor Ingram?

Theodor miró a Lavinia Mitchell, que estaba lívida como un cadáver. ¿Estaba fingiendo? ¿Era todo un truco para que,

finalmente, ellos dos pudiesen escapar y que él dijese a la CIA que Lavinia Mitchell no era la traidora, sino otra persona, de modo que ella podría seguir trabajando en la CIA, y más adelante volver a las andadas? ¿O quería tener la certeza de que la CIA la había descubierto completamente? ¿O...?

—Le he dicho que se ponga en pie..., por favor.

Ingram se pasó la lengua por los labios, y se puso en pie. Watkins y Preston le sujetaron por los brazos, mientras el herido Kent le apuntaba con una pistola, y Clifford adelantaba un par de pasos...

De pronto, alzó la pierna derecha, y el pie golpeó a Ingram entre las ingles, fuertemente. El espía palideció, y se habría desplomado si no le hubiesen sostenido Preston y Watkins. Quedó colgando, emitiendo un débil gemido, perdido el aliento...

—¿Quién es? —insistió Clifford.

Theodor Ingram no contestó, por la sencilla razón de que no podía hacerlo; ni siquiera tenía fuerzas para mover negativamente la cabeza.

—Ingram —insistió el rubio—, usted va a morir, pero está eligiendo la peor de las muertes: lo voy a destrozar a golpes si no contesta. ¿Quién es?

Ingram consiguió aspirar hondo, y alzar la cabeza, que movió con gesto negativo.

Clifford le asió por los cabellos, le alzó más la cabeza, y disparó su puño derecho, que aplastó la nariz del espía, convirtiéndola en un surtidor de sangre.

—¿Quién es?

Theodor veía ante él solamente una mancha borrosa. Movié negativamente la cabeza..., y al instante, el puño derecho de Clifford se hundió en su estómago.

—¡Aaaaffff...!

—¿Quién es?

—¡Theodor, dígaselo! —gimió, de pronto, Lavinia—. ¡Por favor, dígaselo, por favor, por favor...!

Clifford se volvió hacia ella vivamente.

—¿Y usted? ¿No lo sabe?

—No... Yo no... ¡No lo sé! ¡No sabía nada, creí al principio que él era un agente de otro país, y me asusté! ¡Ya les he dicho que no

sabía nada! ¡No le pegue más, no le pegue más, por Dios...!

—¿Por qué se preocupa tanto por él? —Alzó las cejas Clifford—. A fin de cuentas, la ha estado engañando, creía que era usted la traidora, ¿no es así? ¿Por qué sufrir por él?

Tras una serie de muecas, y de alzar mucho los párpados, Ingram consiguió recuperar la claridad de visión. Y vio a Lavinia con los ojos llenos de lágrimas, suplicante, mirando a Clifford, que se acercaba a ella. Se detuvo delante, e insistió:

—¿Por qué sufrir por él, señorita Mitchell?

Ella miró a Ingram, y de nuevo a Clifford. Éste frunció el ceño, y lanzó otro de sus terribles puntapiés, que acertó a Lavinia en el pecho, derribándola con la silla.

—¡Le estoy haciendo una pregunta, y ésta sí puede contestarla! —gritó Clifford—. ¿Qué pasa entre ustedes, por qué se preocupa por él?

Lavinia rompió a llorar, con fuerza, tendida de bruces, con el rostro sobre los brazos... Lloraba de un modo extraño, sincopado, sin duda debido a los efectos del brutal puntapié recibido en el pecho. Ingram, pese a su aturdimiento, conseguía pensar... ¿Por qué aquello? ¿Por qué golpearla de aquel modo? Bien estaba darle unos cuantos golpes si tenían algún plan determinado, pero aquello era innecesario si ella estaba fingiendo para engañarlo a él... Lo tenían bien atrapado, sólo tenían que matarlo, y ella podía escapar, o decir que no sabía nada de lo sucedido a Theodor Ingram. Lavinia ni siquiera sabía que, desde el primer momento, él había contado con dos auxiliares, de modo que no podía ni sospechar que estuviesen cerca. Era inútil y absurdo aquello, aquel fingimiento...

A menos... que no hubiese tal fingimiento. ¡Santo Dios, la CIA se había equivocado de verdad! ¡La traidora no era Lavinia, era un hombre que en aquellos momentos debía estar tan tranquilo en Washington...!

El rubio tenía el pie derecho hacia atrás, evidentemente dispuesto a propinar a Lavinia otro puntapié, ahora en las costillas.

—Clifford... —jadeó Ingram—. No la golpee más... No lo haga..., ella no sabe nada...

—¿Y usted? —Se encaró de nuevo Clifford con él—. ¿Qué es lo que sabe usted, y sus jefes de Washington?

—Nada... Creíamos que era ella... No conocemos a su jefe, no

sabemos quién es...

—¿Se las da de listo?

—No... Ahora, no... Era antes cuando... cuando me las daba de... de listo... Usted tenía razón: quería... quería que usted alarmase a su jefe, y que... que él intentase escapar, y entonces... entonces lo habrían... atrapado...

—De acuerdo. Nos ha fastidiado el negocio por una temporada, Ingram, pero al menos, seguimos tranquilos. El jefe y nosotros nos tomaremos una temporada de descanso, eso será todo. Y ahora, la última pregunta: ¿cómo consiguieron ustedes la pista de Lavinia Mitchell?

—Por la muerte... de uno de los nuestros en... en Amberes.

—¿Cómo? —se pasmó Clifford.

—La información para salirle al paso y saber... saber que llevaba una información valiosa sólo podía... haber salido del DII, y entonces... entonces comenzamos a...

—Entiendo. No se fatigue más, señor Ingram —se volvió hacia la puerta, y la señaló—. Matadlos y tiradlos al lago. Ya sabéis cómo.

Watkins y Preston empujaron a Ingram hacia la puerta, con tal violencia que el espía cayó de rodillas. Tenía la sensación de que sus piernas eran de trapo.

—Caminen... —Gruñó Kent, amenazándoles con la pistola, mientras Watkins y Preston sacaban las suyas—. No esperen que los llevemos en brazos hasta la orilla.

¡Vamos!

Theodor consiguió ponerse en pie, y se acercó tambaleante, para ayudar a Lavinia.

Ella se abrazó a su cintura, y comenzaron a caminar hacia la puerta. Kent la abrió, y movió la pistola hacia el exterior.

—¡Vamos, vamos...! —insistió.

Lavinia y Theodor salieron de la cabaña, apoyándose el uno en el otro. Theodor notaba en la palma de su mano la carne de ella, siempre como seda, pero ahora fría, como congelada, tensa... Sí, el juego había terminado en aquel aspecto: ella no era la traidora, podía decirlo ya con toda seguridad. Mala suerte. Catorce años de espionaje, nueve heridas, ningún bello jardín en ninguna parte; y la muerte, cuando podía haberlo conseguido, cuando por segunda vez una mujer conseguía hacerle pensar que la vida sí tenía alicientes...

Por detrás de ellos oyó la voz de Clifford:

—Daos prisa. Tenemos que cambiar la rueda que Ingram ha pinchado, y recoger el cadáver de Stanley antes de que alguien lo encuentre.

—¡Caminad! —les empujaron por detrás.

Ingram se esforzaba en no mirar a su alrededor, mantenía baja la cabeza. ¿Dónde estaban Dexter y Ernest? No era posible que se hubiesen quedado lejos de la cabaña, viendo que él tardaba tanto... Tenían que estar cerca, muy cerca... ¿Qué estaban esperando para intervenir?

De pronto, se encontró con los pies prácticamente metidos en la orilla del lago. Las quietas aguas teñidas del color de la luna se ondularon en arcos concéntricos hacia el interior. De un momento a otro recibiría un balazo en la espalda que...

«Plop», oyó... «Plop, plop, plop...».

Empujó fuertemente a Lavinia hacia el agua, y oyó el chapoteo de su cuerpo mientras él saltaba hacia Kent, que estaba a su izquierda, gritando, como Watkins y Preston...

Kent le vio llegar cuando su grito se convertía en aullido al recibir una bala en el vientre, pero aún intentó disparar contra él, crispado, estremecido... El flojo salto de Ingram le llevó hasta las piernas de Kent, derribándolo, de modo que el disparo salió hacia el cielo estrellado. Kent se puso en pie de un salto grotesco, le apuntó con la pistola, chillando...

«Plop», restalló otro disparo por detrás de Ingram. Kent lanzó otro aullido agudo, y saltó hacia atrás, con los pies hacia arriba, cayendo entre unas mantas. Ingram llegó de un penoso salto hasta la pistola, la recogió, se volvió tendido en el suelo... Watkins corría hacia la cabaña, tambaleándose, gritando...

«Plop», disparó Ingram.

Lo vio caer hacia delante, con un saltito en redondo, como un conejo alcanzado en plena huida. Y luego, enseguida, su mirada bajó, y vio a Preston, tendido de bruces, inmóvil.

—Ingram..., ¿estás bien? —Oyó la voz de Dexter.

—Hay otro... —jadeó Theodor—. ¡En la casa está el otro, el jefe de este grupo! ¡No le matéis!

Ernest y Dexter aparecían ahora, caminando hacia él, mientras Lavinia se arrastraba hacia la orilla del lago...

—¡Id a por él! —gritó Ingram—. ¡Ya nos arreglaremos nosotros!

Dexter y Ernest, que ya se disponían a ayudarle a ponerse en pie, asintieron con un gesto, y echaron a correr hacia la cabaña..., cerca de la cual, apagado, se oía el zumbido de un motor.

—¡Hay otro coche detrás de la cabaña! —gritó Ingram.

Se acercó a la orilla, y tendió la mano a Lavinia, hundiéndose en el lodo, resbalando en él, y cayendo junto a la «traidora». La ayudó de todos modos a ponerse en pie mientras lo hacía él, y quedaron abrazados, hundidos hasta las orillas era agua y lodo.

Inmóviles, en silencio excepto sus jadeos de dolor y terrible cansancio.

Ni siquiera se movieron cuando oyeron el gran crujido en dirección a Interfield Road, y vieron la gran llamarada que se alzó, que apareció de pronto entre las palmeras, tiñéndolas de rojo. Y todavía estaban inmóviles cuando Ernest y Dexter regresaron, mohínos.

—Lo siento... —masculló Ernest—. Escapaba en el coche, así que le disparamos a las ruedas... Se ha estrellado contra un cocotero de éstos, y el coche se ha incendiado. Es imposible sacarlo de ahí, Ingram.

—No importa... —susurró Theodor—. No importa.

—Alguien verá el fuego... Vendrá la policía —dijo Ernest, mientras los ayudaba a los dos a caminar hacia la orilla—. Y esto va a causar complicaciones, quizá. No era ella, por fin, ¿eh?

Ingram miró a su compañero, y movió negativamente la cabeza.

—No... No era ella, Ernest. De modo que hay que arreglar las cosas muy bien en Nassau.

—Parece que no estás muy bien... —Intentó sonreír Ernest—. ¿Os han golpeado?

—Un poco. Me voy a llevar el coche... Vosotros quedaos aquí, y arregladlo todo con la policía... Avisad a los nuestros de Nassau, y decidles...

—Ya sabemos cómo se hacen estas cosas... —aseguró Dexter—. ¿Crees que podrás conducir?

—Sí, sí. Dexter, esto no tiene que trascender, arregladlo como sea, ¿comprendes?

—Que sí, hombre, que sí. Te llamaremos al hotel cuando...

—No. Al hotel, no... No podemos presentarnos así, en este

estado... Venid a verme cuando esté todo arreglado: estaré en el *bungalow* de Jacobine.

—Buena idea. Y nosotros nos las arreglaremos para llevaros ropa a los dos, en cuanto podamos.

CAPÍTULO IX

Theodor Ingram entró en el cuarto de baño cuando Lavinia se estaba secando con la gran toalla de vivos colores, de pie dentro de la bañera. Ella se quedó inmóvil, mirándole fijamente.

—He encontrado estas ropas de la mulata... —murmuró Ingram, tendiéndoselas—. ¿Podrás ponértelas o te ayudo?

—Creo... creo que podré... Estoy bien.

—Me alegro... Un baño caliente resulta muy reconfortante. Avísame cuando estés lista.

—Ya... ya estoy. Si quieres bañarte ahora mismo...

—No. Vístete. Yo tengo algo que hacer ahí fuera.

Salió del cuarto de baño, y fue a la cocina. Asió el cadáver de Jacobine por los tobillos, y comenzó a arrastrarlo... Los tobillos estaban ya increíblemente fríos, y el cuerpo de la bella mulata parecía de goma maciza. Todavía con los ojos abiertos, semejantes a dos bolas de cristal, Jacobine parecía ir contemplando el techo a medida que era arrastrada.

La dejó en el porche, y fue en busca del cadáver de Stanley Roark. Se lo cargó en un hombro, y lo llevó también al porche. De este modo, víctima y asesino quedaron juntos, a la luz de la luna y las estrellas, ambos fríos, rígidos. Sí, los dejaría allí, de modo que fuesen recogidos sin que nadie tuviese que entrar en la cabaña. Dexter y Ernest lo arreglarían todo, bien, con la policía de la isla. Seguramente, intervendría el MI 5 británico, pero eso quizá incluso facilitase las cosas. Los ingleses y los americanos, a reserva de determinados secretos muy particulares, siempre se habían entendido bien en cuestiones de espionaje. Comprenderían lo que la CIA les pedía, y por supuesto, colaborarían. Todo quedaría arreglado como si en Nassau no hubiese ocurrido absolutamente nada. Tenía

que hacerse de este modo, o jamás cazarían al verdadero traidor del Departamento Indirecto de Instrucciones...

Cuando volvió a entrar en el cuarto de baño, Lavinia estaba poniéndose la blusa, sin nada más debajo. De nuevo se quedó mirándolo fijamente, musitando:

—Ya termino... Tienes casi llena la bañera.

—Gracias. ¿Quieres que te prepare café, o algo...?

—Yo lo haré, mientras tú te bañas. Tienes... tienes la cara llena de sangre... ¿Te duele la nariz?

—Ya pasará.

Lavinia acabó de abrocharse la blusa, y fue hacia la puerta. Ingram la cerró, se desnudó, y se bañó con agua caliente. Terminó la operación con una estimulante ducha fría. Luego, se secó, se envolvió con la toalla de cintura para abajo, y fue a mirarse al espejo.

Horrendo. Tenía la nariz convertida en una berenjena. Pero, en efecto, ya pasaría.

Comparado con otras veces, aquello no era nada.

Cuando llegó al saloncito, Lavinia estaba de pie junto a una mesita, en la cual acababa de dejar la cafetera humeante, y dos tazas.

—¿Te pones mucho azúcar?

Ingram movió la cabeza, y ella puso sólo un terrón. El espía la miraba fijamente.

Parecía otra. Se dio cuenta de que la ropa que había tomado para ella del armario de Jacobine era una minifalda blanca y una blusa roja escotada y sin mangas. Lavinia se había recogido el cabello atrás, de modo que se veía nítidamente el óvalo de su rostro, su cuello esbelto y delicado... Parecía mucho más joven. De pronto, Ingram recordó que la había visto desnuda, secándose, y tragó saliva.

Ella le tendió una taza.

—Gracias.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —murmuró ella.

—Esperar.

Ella no preguntó qué debían esperar. Ingram encontró cigarrillos, encendió dos, y miró interrogante a Lavinia, que aceptó uno. El se sentó en un sillón, y se mordió los labios para no gemir...

Le dolía todo, pero especialmente el bajo vientre, el estómago y la nariz. Ya pasaría...

—¿Tendré que regresar mañana a Washington? —preguntó ella.

—No. Tengo pensadas las cosas de otra manera.

—¿De qué manera?

—Todavía tenemos al traidor en el DII. Hay que detenerlo.

—¿Y cómo? No sabemos quién es...

—Lo sabremos.

Ella bajó la mirada.

—¿Creíais que era yo? ¿De verdad?

—Sí.

—¿Y ahora?

—No.

—¿Qué... qué piensas tú..., personalmente?

—Ya lo he dicho: no.

Lavinia bajó la cabeza, y estuvo así unos segundos; cuando la alzó, Ingram vio sus ojos llenos de lágrimas. Tras la primera impresión, se puso en pie, y se acercó a ella.

—Lavinia, —la tomó por los brazos—. Lavinia, ya te lo he dicho: no eres sospechosa, ahora. Por favor, no llores. Todo ha terminado para ti, menos una pequeña participación que te pediremos...

—¿Me pediréis? ¿Quiénes?

—La CIA. Trabajas para la CIA. ¿No es así?

—¿Tú no me pedirás... nada?

Theodor Ingram sintió un golpecito cálido dentro de su pecho.

—¿Qué podría pedirte? Personalmente, deseaba con toda mi alma que fueses inocente... Lo eres: para mí, es suficiente.

Lavinia parpadeó, y las lágrimas se desprendieron, rodaron por las mejillas, grandes, transparentes. De pronto, se abrazó a Ingram, y gimió:

—Theodor, os he mentado... ¡Os he mentado a todos, he engañado a la CIA durante años y años...!

CAPÍTULO X

Era, en efecto, una hermosa villa. Desde la entrada, un sendero de tierra apisonada conducía a la casa, rodeada de cocoteros y flores que parecían flotar sobre el tupido césped de un verde intenso. Mirando hacia la izquierda, se veía el mar, azul, cortado por la línea verde del césped. El sol era radiante, el aire transparente, diáfano, el cielo de un azul claro de increíble serenidad... A la derecha de la casa, antes de detener el coche, Ingram vio la pista de tenis, solitaria en aquel momento.

Cuando detuvo el coche delante de la casa, y paró el motor, se oyó el canto de unos pajarillos. Ingram miró a Lavinia, que parecía sumida en hondos pensamientos.

—Hemos llegado —dijo.

Ella alzó la cabeza, asintió, y se dispuso a salir del coche. Theodor se apresuró a hacerlo, y ella esperó a que le abriese la portezuela. Mientras tanto, un sirviente de raza negra salía de la casa, y se acercaba, sonriente, aunque un tanto expectante.

—Buenos días, señorita Lavinia... —saludó—. Me he fumado ya dos cigarros. ¡Son excelentes!

—Gracias, Jonah —sonrió Lavinia—. ¿Todos duermen?

—No, no. Han desayunado ya, y están en el salón... —Jonah sonrió ampliamente, tiernamente— *t* La señorita Caroline está tocando el piano.

Lavinia asintió, tomó de una mano a Ingram y entraron en la casa. Desde luego, alguien estaba tocando el piano... Cuando ambos aparecieron en la puerta del salón, el piano enmudeció, y en su lugar sonó la voz de una niña:

—¡Lavinia! ¡Has tardado mucho!

Theodor Ingram sólo tenía ojos para aquella niña, que había

saltado del taburete del piano y corría hacia Lavinia, con los brazos abiertos. Una niña rubia, de ojos oscuros, encantadora... Lavinia la alzó en sus brazos, y la besó, mientras la niña la besaba a ella repetidamente, riendo. De pronto, miró a Ingram, y preguntó:

—¿Quién es este señor, Lavinia?

—Se llama Theodor.

—¡Tiene una nariz muy rara! ¡Y tú también tienes cosas en la cara...! ¿Te has caído?

—P u e s... n o exactamente, querida. Sólo fue un pequeño accidente sin importancia que tuvimos juntos el señor Theodor y yo. Theodor Ingram... ¿Te gusta el nombre?

—Sí, porque tuvimos un presidente que también se llamaba Theodor. ¿Usted es hijo del presidente, señor?

—No... —sonrió Ingram—. No, Caroline, lo siento.

—¡Ah...! ¡Bueno!, de todos modos, si es amigo de Lavinia debe ser usted muy simpático. ¿Verdad que es simpático, Lavinia?

—Cuando quiere, sí —rió Lavinia.

—¿A veces no quiere?

—¿Por qué te sorprendes? Tú tampoco eres simpática algunas veces, cuando haces enfadar a Robert y Mae.

—¡Pero hace muchos días que no les hago enfadar! ¿Vamos a ir a la playa?

—Sí, si tú quieres.

—¡Sí, quiero! ¡Espera, traeré mi muñeca nueva, para que tome el sol! Le he puesto de nombre «Palmerita»... ¿Te gusta?

—Mucho. Vamos a ir a buscarla, y enseguida nos daremos un buen baño... ¡Oh!; pero antes tengo que presentar a Theodor a tus papás. Luego, quizá Theodor se quede a almorzar, si todo lo que encuentra en esta casa le gusta. Y si le gusta mucho, se quedará con nosotros hasta la noche, y jugaremos al tenis, y antes de cenar tocarás...

¿Qué te gustaría tocar antes de la cena?

—*¡La niña de los zapatitos azules!* —rió Caroline.

—De acuerdo. Ven, Theodor.

Lavinia dejó a la niña en el suelo, y se acercó a las dos personas que ya Ingram estaba observando atentamente. Un hombre y una mujer, Mae y Robert, por supuesto, que le miraban tensos, muy serios. Debían tener alrededor de cuarenta años, y ambos resultaban

muy agradables. El parecía un poco tosco, y ella resultaba incluso muy bonita.

—Theodor Ingram... —susurró Lavinia—. Ellos son Mae y Robert Cavendish, los padres de Caroline.

—¿Qué tal, señor Ingram? —saludó Robert Cavendish.

—Encantada —murmuró Mae.

Theodor aceptó las manos de ambos, sin decir nada. Se sentía terriblemente incómodo, porque tenía la sensación de que aquellas dos amables personas esperaban algo malo de él, como si le temiesen.

—Voy a acompañar a Caroline a por su muñeca, y me pondré el traje de baño arriba... —musitó Lavinia—. Os dejo con el señor Ingram un momento.

Los dos la miraron como sobresaltados. Lavinia se limitó a sonreír de un modo apagado, triste, mientras hacía un gesto de asentimiento. Caroline estaba ya tirando de sus manos.

—Lavinia, vamos a nadar, corre... ¡Hoy nadaré de espaldas!

—¿Ya lo has aprendido? ¡Qué gran se querida!

Vas a tener que enseñarme a mí, porque...

Las dos estaban saliendo del salón, y sus palabras dejaron de ser comprensibles.

Ingram parpadeó, miró a los Cavendish, y dijo:

—Tienen... tienen ustedes una hermosa niña, señora Cav...

—Es de Lavinia —dijo ésta.

El agente de la CIA palideció.

—¿Perdón? —acertó a balbucear.

—Es hija de Lavinia, no mía, señor Ingram.

—¡Ah...! Sí, entiendo... —No entendía nada de nada—. Vaya, no sabía...

Mae Cavendish se dejó caer de nuevo en el sillón, escondió el rostro entre las manos, y rompió a llorar contenidamente. Ingram miró a Robert Cavendish, sorprendido y sobrecogido todavía, y Cavendish le correspondió con una torcida sonrisa que quería ser animosa.

—Síéntese, señor Ingram, por favor. Y perdone a mi esposa. Durante todos estos años hemos estado cuidando a Caroline, y todos creen que es hija nuestra...

Especialmente, lo cree Mae. No sé si usted me comprende.

—Sí... Sí, le comprendo, señor Cavendish.

Se había sentado, y Cavendish también lo hizo. Procuraba parecer sereno y tranquilo, pero Ingram se dio cuenta del gran esfuerzo que esto le costaba.

—Tengo la impresión —murmuró— de que usted es de la CIA, o algo así... ¿Me equivoco?

—No.

—Bien... En cierto modo, me alegro por Lavinia. Hace muchos años que somos amigos: buenos amigos. Verá usted, nosotros vinimos a las Bahamas con lo puesto, como suele decirse. O sea —aclaró con una sonrisa—, que no teníamos ni un centavo.

Pero conseguimos instalarnos en un pequeño apartamento de Nassau. Lo pasábamos bastante mal, ésa es la verdad. Un día..., un día se presentó aquí Lavinia, y dijo que... que podíamos ayudarnos unos a otros. Ella nos facilitaría dinero, y nosotros cuidaríamos de su hija, haciéndola pasar por nuestra. Era una proposición inesperada, pues no sabíamos que Lavinia tuviese hijos...

—¿Hijos? —Respingó Ingram.

—Es un modo de hablar. Solamente tuvo a Caroline. Bien... La niña era encantadora cuando la conocimos: tenía pocos meses. Y ya ha visto usted que sigue siendo encantadora... ¿O no?

—Sí... —sonrió el espía—. Sí, lo es, en efecto.

—Nos quedamos con la niña. Lavinia nos dijo que había intentado trabajar en un par de cosas más o menos aceptables, pero que los sueldos que le habían ofrecido no valían la pena. Ella quería proporcionar lo mejor a su hija. Nos dijo que era un empleo muy especial, el último que había encontrado... Y que ese emplee exigía que el personal no tuviese familia alguna. Entiendo que es un departamento de la CIA, ¿verdad?

Theodor Ingram estaba aterrado. Naturalmente, Cavendish estaba hablando del DII, para pertenecer al cual había que estar completamente solo en la vida. En verdad, muchas personas están solas en la vida, como él mismo... Pero él estaba solo, realmente.

En cambio, Lavinia tenía una hija, y durante todos aquellos años se había privado de la niña, para poder ganar el suficiente dinero para ella, conformándose con verla cada cuatro o cinco semanas unos pocos días...

—Sí, señor... Es un maldito departamento de la maldita CIA.

—No se lo tome así... —sonrió de nuevo Cavendish—. La verdad es que Lavinia se sacrificó tanto por su hija como por nosotros. Ella lo ha hecho todo. Ganaba mucho dinero, y con ese dinero, no sólo cuidamos a su hija, cumpliendo lo prometido, sino que yo comencé a hacer algunas pequeñas inversiones que finalmente me enriquecieron... El trato ha sido beneficioso para ambos.

—Me parece que su esposa no está de acuerdo —deslizó Ingram.

—Ella sólo ve ahora la posibilidad de que perdamos a Caroline.

—¿Por qué?

—¿No piensa usted informar a la CIA de que Lavinia tiene una hija, señor Ingram?

Theodor se mordió los labios. Durante unos segundos, estuvo con la mirada fija en el suelo. Por fin, asintió.

—Deberé hacerlo, señor Cavendish.

—Es natural. Y cuando eso suceda, Lavinia será despedida. Entonces, ya no tendrá por qué seguir separada de su hija. Se la llevará a Estados Unidos, señor Ingram..., y mi esposa y yo quedaremos solos..., rodeados de unos cuantos cientos de miles de dólares.

—Por favor. —Sollozó Mae Cavendish—. Por favor, señor Ingram, no diga nada, no lo diga... ¡Lavinia puede seguir trabajando en Washington, y nosotros tendríamos a Caroline...!

—No debes ser tan egoísta, querida... —dijo Robert, pálido—. Lavinia ha hecho demasiado por nosotros. Gracias a ella somos ricos, podremos adoptar a otra niña ya que nosotros no estamos... capacitados para ser padres. Se lo debemos todo a Lavinia: nuestra posición, y ocho años de felicidad. Por el amor de Dios, ¿vas a pedirle que renuncie para siempre a su hija?

Theodor se puso en pie, y se pasó una mano por el rostro... Casi lanzó un alarido cuando se tocó la nariz.

—Yo creo que su solución es buena, señor Cavendish. Pueden adoptar a otra niña... No me crean tan frío que yo comprenda la diferencia, pero..., el tiempo arregla muchas cosas. Dentro de unos años, para ustedes su hija será otra niña. Estoy seguro de que encontrarán alguna tan encantadora como Caroline. Quisiera... quisiera poder mentir, y decirles que no informaré de esto a la CIA, pero sería absurdo y cruel. Debo hacerlo. Y no sólo por la CIA, que el demonio se lleve, sino por Lavinia misma... Ha debido sentirse

terriblemente sola estos años, sabiendo que tenía una hija a mil millas de distancia, viéndola solamente cada cinco o seis semanas... Por Dios, ¡es horrible!

—Ella siempre dice que es ella quien ha engañado a la CIA, no la CIA a ella. Aceptó el empleo con todas sus consecuencias. Con el dinero que ella ha invertido en mis negocios, muy pronto podría retirarse. No sé... Cinco, seis, siete años... Para entonces, Caroline tendría catorce o quince. Y me pregunto si a esa edad se puede aceptar como madre a otra persona. Ahora, sí, Caroline estaría encantada, y dentro de un año o dos, Lavinia lo sería todo para ella. Lavinia aún está a tiempo... de perder el magnífico empleo y recuperar a su hija.

—Eso tendrá que decirlo ella, porque... temo que estoy vacilando respecto a mi decisión. ¿Cómo sucedió? Bueno, no es ninguna pregunta tonta, señor Cavendish... Me refiero a que cada empleado de la CIA es meticulosamente investigado antes de entrar a formar parte de la nómina... Y resulta sorprendente que la CIA no descubriese que Lavinia estuvo casada... ¿O no estuvo casada?

—Sí, lo estuvo. Se casó en México, hace unos diez años. Muy poco después de que la niña naciese, su marido se mató, en un accidente de automóvil.

—Entiendo... Debió ser un golpe muy duro para ella.

—Doblemente duro.

—No comprendo.

—En el coche, además del marido de Lavinia, estaba la amiga de ésta, una hermosa mexicana que la visitaba con mucha frecuencia. El marido de Lavinia y la... amiga venían de pasar juntos todo un día en una casita que ellos tenían en la playa, cerca de Acapulco.

Ingram suspiró profundamente.

—O sea —murmuró— que también a ella le clavaron un cuchillo por la espalda...

—¿Qué...?

—Yo me entiendo, señor Cavendish. A Lavinia le robaron su jardín... ¿Me perdonan?

Quisiera ir a la playa..., a tomar el sol.

Dio media vuelta, y salió del salón. Poco después, lo hacía de la casa, y caminaba hacia la playa. Bastante antes de llegar, vio a Lavinia y Caroline, corriendo por la arena... La brisa del mar le

trajo, con asombrosa claridad, las risas de ambas. A medida que se iba acercando, Theodor Ingram sonreía más y más ampliamente. Ya no le dolía la nariz, ni el vientre, ni nada... La brisa del mar, salada, fresca, pareció envolverlo en una apretada caricia. Y la risa de Caroline era como...

—¡Theodor! —llamó la niña al verlo, agitando su muñeca—. ¡Estamos aquí! ¡Lavinia va aprender a nadar de espaldas!

El agente de la CIA, el espía de las nueve heridas y catorce años de experiencia en angustias, miedo y tristeza, llegó cerca de la orilla del mar, llenándose de arena los zapatos..., y sonriendo.

—Me parece estupendo, Caroline. Y ten mucho cuidado, no vaya a ahogarse.

—¡Oh, no...! No, señor, porque Lavinia sabe nadar de muchas otras maneras. ¿Usted sabe nadar de espaldas?

—Pues sí... Sí, Caroline. Sé nadar de todas las maneras: cabeza arriba, cabeza abajo, de lado, de frente, de espaldas, con las manos atadas... Sé nadar de todas las maneras.

—¡Chiiiiíssspas! ¡Tendría usted que enseñarme, Theodor! ¿Me enseñará? ¿Se quedará a comer, y a...?

—Me quedaré a todo, Caroline. Y me gustará mucho escuchar cómo tocas *La niña de los zapatitos azules*. Y además de todo eso, Lavinia y yo nos quedaremos hasta que te acuestes, y te contaremos un cuento muy bonito...

—¡Oh, sí...! ¡Sí, sí, sí! Lavinia, ¿lo harás?

Lavinia Mitchell, que primero había estado pálida, y tensa, tenía ahora el rostro lleno de color, y de luz, y los ojos brillantes.

—Sí, querida... —dijo con voz ahogada—. Theodor y yo te contaremos un cuento muy bonito.

—Y a lo mejor —deslizó el espía—, hasta te gustaría ir dentro de unos días a Estados Unidos, para estar junto a Lavinia una temporada.

—¡Sí, sí, sí! —saltó Caroline—. Lavinia, ¿de verdad me llevarás contigo?

—Sí, querida —susurró Lavinia.

CAPÍTULO XI

El coche se detuvo a la sombra de un árbol proyectada por la luz eléctrica de la avenida. El motor fue parado. El hombre que estaba al volante permaneció inmóvil un par de minutos. Luego, salió del coche, y regresó hacia el chalet con jardín ante el cual había pasado segundos antes, para asegurarse de que no había luz alguna. Y no había visto luz.

Lavinia Mitchell estaba pues, realmente, asistiendo a aquella conferencia cultural en compañía de Forrester, uno de los empleados del Departamento Indirecto de Instrucciones.

Todo perfecto, como siempre. El sabía que Lavinia, tan sólo ocho días después de haber regresado de Nassau, volvería a ir allí el próximo sábado. Había pedido permiso para hacerlo, y él lo sabía muy bien. Colocaría el microfilme en el sitio habitual, que había demostrado ser muy conveniente. Luego; al día siguiente, pondría el telegrama a Clifford McAvey. Esta vez diría: «El sábado me reuniré contigo». Y Clifford entendería. Y dentro de poco, tal como hacían cada seis meses, se encontrarían. Esta vez sería en Las Vegas. Allá, Clifford le entregaría su parte de lo recaudado durante el medio año anterior, y todo seguiría igual. Todo seguía viento en popa mientras Lavinia Mitchell continuase haciendo viajes a Nassau. Y cuando éstos terminasen, si es que sucedía alguna vez, ya encontraría otro sistema igualmente cómodo, fácil, seguro.

Llegó ante la casa, le dirigió una crítica mirada, y encogió los hombros. ¡Bah: como siempre!

Rodeó la casa, llegó al pequeño jardín de atrás, y, con la llave que hacía tiempo había preparado él mismo, abrió la puerta de la cocina.

La casa estaba a oscuras, pero la conocía ya lo bastante bien

para no necesitar luz.

Llegó al dormitorio de Lavinia sin el menor contratiempo, y estuvo escuchando en la oscuridad. Silencio absoluto. Luego, fue al armario cerca de la entrada delantera, lo abrió, y sacó las maletas, que estaban colocadas en el estante alto. Separó la más grande, y sacó el microfilme del bolsillo. Muy bien, en cuanto lo hubiese colocado entre la correa y la maleta, todo estaría estupendo. Cuando Lavinia se marchase, llevaría, una vez más, material secreto del Departamento de Guerra de los Estados Unidos, que era muy bien pagado por agentes de toda Europa y, no menos bien, por agentes chinos. Antes de Navidad se encontraría con Clifford en Las Vegas, y...

La luz se encendió, de pronto.

El hombre quedó como petrificado, inclinado sobre la maleta, con el microfilme en la mano derecha, alzando un poco la correa de seguridad con la izquierda. Quedó agarrotado, aterrado, congelado... Sí: un escalofrío fortísimo recorrió su espalda, desde la nuca hasta el final de la columna vertebral.

Lívido como un muerto, el hombre desvió la mirada hacia donde sabía que estaba el interruptor de la luz. Y allí había un hombre, con una pistola en la mano, mirándole fríamente. Tan fríamente, como si en realidad, él, Gordon Nelligan, jefe del Departamento Indirecto de Instrucciones, no existiese.

Oyó un rumor hacia el otro lado, y miró hacia allí. Su lividez había alimentado de ser posible, porque allí estaban dos jefes de la CIA, también pistola en mano, mirándole, tan lívidos como él mismo.

—Nelligan... —susurró uno de ellos—. ¿Usted? ¿Ha sido usted todo el tiempo?

Gordon Nelligan se pasó la lengua por los labios, y miró de nuevo al hombre que estaba junto al interruptor. Lo conocía... Sí, sabía quién era: Theodor Ingram, uno de los más eficaces y peligrosos agentes del Grupo de Acción. Lo había visto muchas veces. Había visto aquel rostro seco, anguloso, duro, hermético, en varias ocasiones, por los pasillos del edificio de la Central Intelligence Agency. Incluso, en algunas ocasiones había oído contar cosas de él. Y ahora estaba allí, mirándole como si él fuese... una asquerosa bestia inmundada, con la mirada rebosante de odio, de

furia, de fuego. No podía hacerse ilusiones: había caído en una trampa, lo comprendía ahora... Y el hombre que más le preocupaba para escapar de ella era, precisamente, Theodor Ingram.

Así que, de pronto, se incorporó de un salto, y llevó la mano hacia donde tenía la pistola.

Entonces, Ingram extendió el brazo, y disparó.

«Plop».

Lo hizo con la misma frialdad que si estuviese tirando al blanco, con la misma serenidad, con la misma terrible eficacia. Gordon Nelligan notó el impacto de la bala en el pecho, cayó hacia atrás, se puso de rodillas, y volvió a llevar la mano hacia la pistola...

«Plop», disparó de nuevo Ingram.

Un violento calambre estremeció el cuerpo de Nelligan, que, pasmosamente, se puso en pie, y quedó como una estatua, fijos los ojos en Ingram, que no se había movido.

Gordon Nelligan quiso decir: «No, ya no más...». Comenzó a mover la cabeza, pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que era lo mismo que suplicarle perdón a una piedra.

Conocía el sistema: moriría, sería enterrado discretamente tras un simulacro de accidente, y nadie sabría que la CIA había tenido un traidor, nada menos que en el Departamento Indirecto de Instrucciones. No habría juicio, no habría sustos, no habría disgustos..., de puertas afuera.

—No... —consiguió jadear—. No, no, n...

«Plop».

ESTE ES EL FINAL

Lavinia vio detenerse el coche delante de su chalet, al otro lado de la pequeña valla blanca que rodeaba el pequeño jardín. Inmóvil tras el cristal de la ventana, vio a Theodor Ingram apearse del vehículo, colocarse bien la corbata, y rodear el coche. Abrió la pequeña puertecilla, también blanca, y enfiló el corto sendero hacia la casa, mirando a un lado y otro del jardín, con gesto inexpresivo.

El sol de la tarde hacía brillar las pocas canas que Ingram tenía en las sienes. Caminaba tan despacio, que Lavinia se sorprendió descubriéndolo de verdad: más bien alto, pero corriente; seco, pero fuerte; tranquilo, pero seguro... Casi había olvidado que, a fin de cuentas, Theodor Ingram era un agente de la CIA.

Lo vio detenerse, y cortar con eran cuidado una flor del jardín.

Cuando abrió la puerta, antes de que él llamase, Ingram le tendió la flor.

—Buenas tardes, Lavinia.

—Buenas..., buenas tardes, Theodor. ¿Quieres pasar?

—Gracias.

El entró en la casa, mirando a todos lados, inexpresivo siempre. Lavinia señaló hacia el saloncito, y fueron hacia allí.

—¿Quieres... quieres café..., o *whisky*, o...?

—Tengo una mala noticia para ti —murmuró él sacando un sobre de un bolsillo interior—: la CIA te despide, sin derecho a indemnización alguna. Lo siento.

—No me importa... Es igual. ¿Y... a ti te... te han despedido?

—¿A mí? —se sorprendió él—. ¿Por qué motivo? En mi grupo se admiten personas con familiares. Los prefieren solos, pero no hay ninguna condición previa en ese sentido... Y no creo que puedan quejarse de mi trabajo.

—No... No, es cierto. ¿Entonces, seguirás en la CIA?

—Sí.

—Bien... ¿Quieres...?

—También te traigo una buena noticia. ¿Puedes esperar aquí un minuto?

Lavinia asintió con la cabeza. Ingram salió..., y regresó un minuto más tarde. Oía sus pisadas, tranquilas, suaves, sólidas. Y al mismo tiempo, oía otras pisadas, más breves y ligeras, más rápidas. Lavinia Mitchell cerró los ojos.

—¡Lavinia! —Oyó el grito de alegría—. ¡Lavinia, Theodor me ha traído en avión, estoy aquí! ¡Lavinia!, ¿no me ves?

Cuando abrió los ojos, Caroline estaba ante ella, con un brazo abierto, y el otro sujetando la muñeca, la última muñeca que le había regalado... La niña rió al verla abrir los ojos, y se echó en sus brazos, dando grititos y comenzando a contar cosas de su viaje en avión, de las cosas que le había comprado Theodor, de...

—Lavinia... —se interrumpió, de pronto—, ¡estás llorando! ¿No te alegras de verme?

—Sí... —Casi gritó ella—. Sí, Caroline, me alegro... ¡Me alegro tanto...!

—¿Puedo quedarme contigo y con Theodor mucho tiempo?

—Todo... todo el tiempo que quieras...

—Pues si te alegras, ¿por qué lloras?

Ingram se acercó, tomó en brazos a Caroline, y caminó con ella hacia la puerta del saloncito. Allí, la depositó en el suelo.

—Llora de alegría —dijo—, porque te quiere mucho. Pero no le gusta que la veas llorar.

¿Por qué no vas un rato a jugar al jardín, hasta que Lavinia deje de llorar?

—Bueno. Sí, iré allí, porque es un jardín muy bonito... ¿No te parece bonito, Theodor?

Es pequeño, pero bonito.

—No importa el tamaño... —dijo el hombre de la CIA—. No importa el tamaño de un jardín, Caroline. Pero sí importa que sea muy bonito. ¿Querrías coger algunas flores para Lavinia?

—¡Oh, sí...! ¡Qué bien, sí! ¡Te las traeré enseguida, Lavinia!

Salió corriendo, y mientras tanto, Ingram se colocó ante Lavinia, y le puso las manos en los hombros.

—Parece que tu hija ha encontrado un bello jardín en alguna parte —musitó.

No dijeron nada más. Ella cerró los ojos, y él la abrazó, y la besó en los labios, lenta, tiernamente, recibiendo aquel aliento de soledad perdida, de tristeza olvidada..., olvidando aquella puñalada en la espalda, igual que él. Nada importaba ya, porque también ellos, finalmente, habían encontrado su propio jardín de amor.

El lugar, importaba muy poco.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...